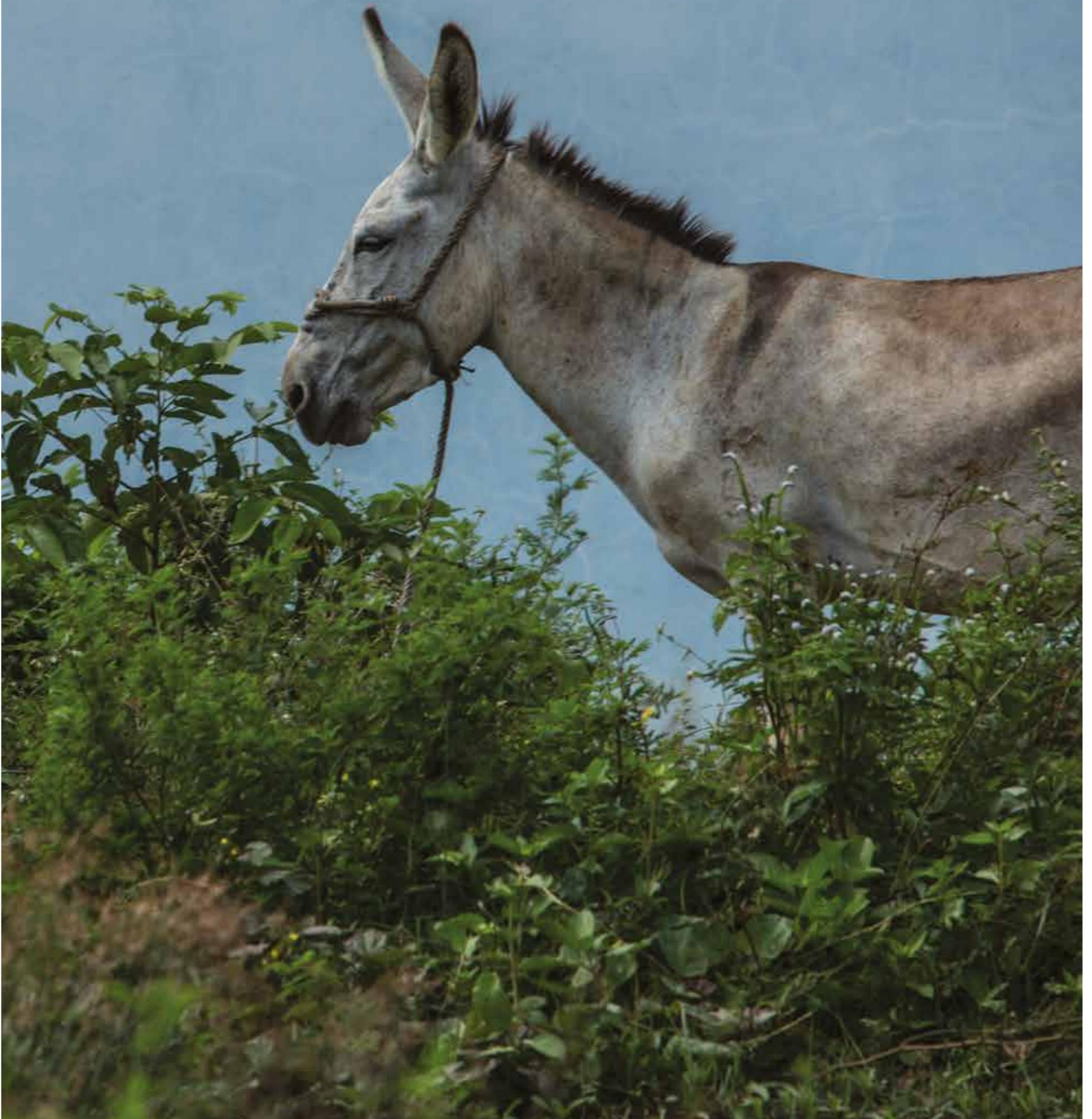


Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 79 - Septiembre de 2016 - Distribución gratuita www.universo centro.com



Afirmativo el civil

- Hace veinte años Guatemala soltó el lastre de un conflicto armado con una guerrilla marxista. Antes lo hicieron todos los países de la región. Colombia ha llegado muy tarde al fin de la guerra fría. Es hora de acabar con un conflicto inútil y anacrónico.
- Para terminar con un carrusel de muertes, desmovilizaciones y nuevos reclutamientos. Un círculo vicioso donde caen los más jóvenes y los más marginados. Las Farc renuevan su ejército cada cinco o seis años y la guerra sigue.

Universo Centro
@universocentro

- Porque desarmarse es el primer paso para desacomodarse a matar, a extorsionar o a secuestrar.
Héctor Abad
@hectorabadf
- La negociación es la mejor manera de terminar un conflicto cualquiera. Más un conflicto como este, con raíces históricas y que resiste todo intento de ser enmarcado como un asunto de buenos y malos. Es ante todo una guerra de colombianos contra colombianos, humanos contra humanos, jóvenes contra jóvenes.
- Porque esta fue una buena negociación, seria, con objetivos, estrategia y agenda definida. No partió, como las anteriores, de la premisa de que bastaba la buena voluntad. Tenemos un acuerdo que preserva derechos y libertades, e instituye un sistema razonable para juzgar los crímenes del conflicto.
Andrés Mejía
@AndresMejiaV

- En este plebiscito, el voto de alguien que ha vivido y sufrido la guerra debería valer más que el mío que solo he mirado los horrores por televisión. Y son muchas las víctimas que están dando ejemplo de grandeza y llenándonos de razones para votar Sí. En estos días escuché al general retirado Manuel José Bonnet diciendo algo que me sonó contundente y conmovedor: "No quiero que muera un soldado más, no quiero que muera un campesino más, ya me cansé de consolar madres campesinas". Votar Sí es también un acto de humanidad con quienes realmente están en la primera línea de la guerra y del dolor.
- El Sí también garantiza el ejercicio de despreciar políticamente a los candidatos de las Farc, negándoles el voto cada vez que se presenten a unas elecciones. Sí, claro que Sí: y que se vengan a vivir a Bogotá, que hagan fila en un semáforo, fila en una EPS, fila en Transmilenio, fila en un banco... que sepan que las filas guerrilleras no son las únicas filas que atormentan.
César Augusto Betancur
@Yopucheros

- Por el punto cuatro. Aunque está lejos de ser la reforma de drogas que Colombia necesita, al menos nos acerca a entender el problema de los cocales y la siembra en territorios.
- Sí, porque ¿por qué no? Si no anda la cosa volvemos a lo mismo y ya.

Daniel Pacheco
@danielpacheco

- Porque el acuerdo es mucho más que la metamorfosis de las Farc de grupo armado a partido político pacífico (que no es poco). Se compromete con reformas rurales, de participación política y de políticas de drogas que son acertadas y necesarias con o sin guerra.
César Rodríguez
@CesaRodriGaravi
- Porque el acuerdo contempla reformas pendientes al sistema político para quitarle el monopolio al clientelismo y la corrupción de los partidos tradicionales.

- Porque creo que se acabaron las excusas para que cada uno de nosotros siga eludiendo las responsabilidades que corresponden y porque llegó la hora de poner nuestra cuota de trabajo para que Estado y Farc cumplan lo pactado.
Claudia Morales
@ClaMoralesM

- Las Farc han cometido crímenes horribles y muchos de sus dirigentes actuaban con sangre fría e impiedad ante sus víctimas. Sin embargo, como lo muestran muchos estúdios de sicología social, las circunstancias moldean la mente humana y es muy probable que sin conflicto los miembros de esa organización dejen la impiedad y se conviertan (como ocurrió con el M-19) en defensores de la democracia y los derechos.
- El diálogo y el perdón tiene un gran poder restaurador en las relaciones sociales, y esto vale tanto para las Farc como para el Gobierno y para el resto de los colombianos. Después de más de cuatro años de conversaciones en La Habana, los dirigentes guerrilleros, los negociadores del Gobierno y la población en general ya no son los mismos. Quien no esté convencido puede comparar las noticias y los debates de este año con los de hace diez años.
Mauricio García
@mgarciavillegas

- El 30 de septiembre las Farc pedirán perdón por la masacre de La Chinita, en Apartadó. Allí, como en tantos lugares olvidados de este país, las víctimas esperan que los victimarios les expliquen por qué tanta crueldad. Silvia, quien perdió a su hijo, dice que ella está con el acuerdo porque "las armas que se entreguen, diez o quince, no harán más daño a familias como la mía".
- En mi corta memoria política, que se remonta al periodo de Andrés Pastrana, mi voto y el de los míos siempre ha estado atravesado por la amenaza de las Farc. Hoy siento que es momento de sacudir el ejercicio democrático de los fusiles, las bombas, los muertos ajenos, el miedo. Hay que superar a las Farc, dejar de mencionarlos en cada campaña presidencial como una advertencia, como un voto decidido en torno a ellos, pensando en ellos.

Jorge Espinosa
@EspinosaRadio

- Con el triunfo del Sí se desarmen las Farc. Con el del No, no se desarmen.

Antonio Navarro
@navarrowolff

- Porque el Sí ubica a los campesinos de Colombia en la mitad de la discusión, lo que quiere decir que el agro será considerado con más atención por las instituciones estatales... y por los habitantes de las ciudades. El campo no será solo el lugar "donde queda la finca".
Ana Cristina Restrepo
@anacrisrestrepo

- Hay muchas buenas razones para decirle Sí a los acuerdos, pero la que más me gusta es que de esa manera revolcamos la política, la sacudimos a ver si caen las frutas podridas y de pronto retoña alguna cosa.
Sergio Valencia
@perequeUC

- Votar Sí nos da herramientas para conectar la periferia de Colombia y acelerar el cambio social. El acuerdo provee instrumentos para acercar a los municipios más pobres. La regularización de la propiedad de la tierra, la focalización de la inversión social y la apertura de canales de participación comunitaria pueden contribuir a conectar personas y mercados en la periferia.
Roberto Angulo
@RobertoAnguloS

- Voto Sí porque sin conflicto es mucho más probable concretar una sociedad de derechos.
Jorge Iván Cuervo
@cuervoji

- No me había tocado tal ebullición. La ganancia del plebiscito fue involucrarnos, poner el tema en las agendas cotidianas, hacernos partícipes. De ambos lados hay deseos de hablar, opinar, preguntar, leer, buscar, comparar...
Jenny Giraldo
@jennygiraldoo

- Votamos Sí porque con el acuerdo de paz Colombia da por fin el paso al siglo XXI.
León Valencia
@LeonValenciaA

- Yo voto Sí porque los horrores de la guerra no me los contaron, me tocó verlos en muchos años de reportería, y con el acuerdo no espero que se termine nuestra endémica violencia, pero sí podemos sacar de la sangrienta ecuación uno de sus factores más brutales, después de 8 millones de víctimas y 52 años de guerra es hora de intentar algo diferente.
Felix de Bedout
@fdbedout

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Número 79 - Septiembre 2016

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM



DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

- Juan Fernando Ospina

EDITOR

- Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

- Fernando Mora Meléndez

- Guillermo Cardona

- Alfonso Buitrago

- David E. Guzmán

- Andrés Delgado

- Anamaría Bedoya

- María Isabel Naranjo

- Paula Camila O. Lema

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

- Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

- Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

- Gloria Estrada

ASISTENTE

- Sandra Barrientos

Como alma que lleva el globo



por DAVID VÁSQUEZ

Ilustración: Mónica Betancourt

Me gusta el olor del agua podrida que toman las flores en los baldes. Me recuerda a mis amigos. Muchos tenían plata para salir a parques de diversiones o pasear fuera de la ciudad. Nosotros no. Éramos de esas personas favorecidas con la felicidad que se cocina en ollas gigantes sobre la calle, entre papas, yucas y hueso de cola.

Al lado de nuestro barrio quedaba el cementerio Campos de Paz, uno podía llegar a pie en diez minutos. Allí jugábamos. Los fines de semana llevábamos fiambre en hoja de biao y comíamos nuestro banquete por encima del de los gusanos; nos escapábamos entre los visitantes del que iba quedando en chucha cogida y nos escondíamos detrás de las tumbas para que no nos pillara el que nos tenía que buscar. Los verdaderos héroes gritaban "¡un, dos, tres por mí y por toda la barra!".

Mi mamá y yo teníamos un pasatiempo: asistir a entierros. Los domingos nos poníamos los vestiditos más elegantes y nos íbamos a buscar muertos a punto de sepultar. No nos gustaban los entierros de viejitos porque la gente casi no lloraba. Para evitarlos, primero íbamos a las salas de velación para averiguar cómo se llamaba el difunto. Si era Epifanio, Teresita o María del Carmen, ni valía la pena arrimarse al ataúd; en cambio un Sebastián, un Juan Pablo o una Valentina nos hacía el día. El estrato no importaba: disfrutábamos del funeral de personas prestantes y encompetadas porque nos sentíamos de alta alcurnia; pero no nos perdíamos el de un pobre bien pobre, eso incluía serenata, tiros al aire, banderas de equipos de fútbol y hasta quebrada del vidrio por donde se asoma el tieso. En fin, mi felicidad colgaba de tristezas ajenas.

Una noche, un 24 de diciembre, cuando todos los adultos se emborrachan y se

olvidan de los niños, el Gordo, Sandra, Santi, Quique y yo fuimos a escondidas al cementerio. Los otros niños no nos acompañaron por susto a que los papás se dieran cuenta; ellos nos admiraban. Por esa época, una gran cantidad de pequeños globos caseros vigilaban la ciudad desde el cielo. Nos divertíamos haciéndolos con engrudo, Thinner, espuma —de esa azul que parece un mar con olas y todo—, alambre dulce y, claro, papel globo. Era todo un ritual. Pero si había algo más emocionante que prender la mecha y ver cómo se elevaba un globo hecho por uno era tumbar el globo de otro. Esos globitos, ahí, flotando tranquilos, eran apuestas que no podíamos perder.

Y esa vez íbamos detrás de uno. Quique había sacado la aguja y el espejo, que no pueden faltar para pinchar el globo y obligarlo a caer. Los cinco corrimos tanto como nuestros tiernos pies nos dejaban. De verdad éramos felices buscándole la caída. Para eso Quique debía hacer una especie de magia, chuzar con la aguja el espejo en el espejo. Y nosotros le hacíamos barra detrás. Habíamos corrido muchísimo, mi vestido nuevo —el estrén que había cosido mi mamá con un corte que le regaló una señora— ya se había enmugrado todo con tierra de muertos; el dedo gordo se me pelaba contra el zapato, salía por un roto de la media que ya había sido zurcido tres veces; las piernas nos quemaban desde adentro y Quique nada que podía agarrar el reflejo.

—¡Ya lo tengo, ya lo tengo! —gritó.
—¡Chúcelo, chúcelo! —decíamos todos como si fuera a hacer un gol.

—¡Ay, no! —dijo Quique—. Cogió para otro lado.

—¡Ah, usted sí es bobo! —le dijo el Gordo—. Deme el espejo y la aguja, a ver.

En realidad no es que el Gordo supiera más de bajar globos que Quique, sino que se quería desquitar. Unos días antes, Quique lo había insultado diciéndole que por ser tan gordo no iba a poder ser piloto de avión y que le iba a tocar ser taxista; todos molestaban al Gordo, menos yo. Pero no había tiempo para chistar, el globo se iba cada vez más adonde los niños del otro barrio, así que no pusimos problema con el cambio.

Carrereábamos como alma que lleva el globo. Ya casi habíamos cruzado todo el cementerio y esa llamita envuelta en papel seguía allá arriba navegando en lo negro burlándose de nosotros. No dábamos más, pero el calor que ardía en el Gordo ya lo hacía volar a unos cuantos metros a la delantera.

No se veía mucho, solo unos punticos amarillos después del silencio. De repente, escuchamos retumbar el golpe de un bulto en la tierra. El Gordo no estaba por ninguna parte; y nuestro valor, que solo era valor en grupo, tampoco.

—¡Goordo! —lo llamé temblando y con los ojos enjuagados—. ¿dónde está?

El lugar se había convertido en un campo de gente muerta y podrida que podía acariciar nuestros tobillos en cualquier momento.

—¡Aquí! ¡Sáquenme, sáquenme, sáquenme! —decía el Gordo en medio del terror lijándose el gañote a gritos desde un hueco de tres metros de hondo—. ¡Ayúdenme, denme la mano!

—¡No, Gordo, usted nos lleva! —decía Sandra.

El Gordo ya no era uno de los nuestros.

—Ay, a-má, a-yú-den-me, por favor. No era capaz de pronunciar una frase sin ahogarse de miedo.

—Gordo, nosotros vamos por alguien, ya venimos —le dije.

—¡No! No me dejen solito. ¡Olga, quédese conmigo!

—¡No, Gordo, usted me lleva!

Nunca tuve tanto miedo. Estaba como ciega. Todos los que yo había visto enterrar estaban con el Gordo allá abajo; sus miradas me tocaban.

—¡Olga, no me deje!

—¡Gordo, suba, suba! —más que animarlo a subir, se lo suplicaba.

Escuchamos las garras hundirse y deslizarse en el barro de las paredes de la tumba; del abismo salía una respiración muy agitada. Entonces, se asomó el sonido de quien hace fuerza apretando la panza; al mismo tiempo, unos dedos rechonchos intentaban arrancarle el pelo al pasto. Resucitó.

Todos lo abrazamos emparamados en sudor y llorando. Él, que siempre se hacía el bobo en clase de educación física, escaló por primera vez tres metros de tierra húmeda para salvar su vida... Ese susto siempre fue nuestro secreto.

Hoy, la oscuridad de esa noche brillante. En la sonrisa negra y naranja de las montañas un globo me mira.

Ahora solo voy a los entierros que sí me toca.

Como el tuyo, Gordo. ☺

El Diamante en bruto

por ANDREA ALDANA

Fotografías por la autora

“Florescencia dice No al plebiscito”. La frase está al centro de una enorme valla publicitaria en lo alto de un edificio de quince pisos en la zona céntrica de la capital de Caquetá. Curiosamente, fue lo primero que vi cuando salí a caminar sus calles antes de salir hacia El Diamante, la vereda en la que se llevaría a cabo la décima (y última) Conferencia Nacional Guerrillera de las Farc. Florescencia se niega a aprobar los acuerdos según la valla más visible de la ciudad, pero de los más de diez florentinos con los que hablé oí un Sí al plebiscito del 2 de octubre. Esa fue la primera paradoja de un viaje lleno de ellas, en el que me quedó claro que nada está claro más allá de los acuerdos sobre el papel.

La segunda paradoja no tardó en aparecer, y a partir de aquí dejaré de enumerarlas. Durante las tres horas que duró el trayecto desde Florescencia hasta el municipio de San Vicente del Caguán, alcancé a contar quince tanques del Ejército Nacional flanqueando la carretera, distribuidos a lo largo de los 154 kilómetros que completan el camino; vehículos, blindados y armados, comprensibles para los días en los que el territorio se consideraba zona roja, pero no para los tiempos del cese al fuego bilateral. Ningún uniformado me supo responder si estaban allí para protegernos, para protegerse, y quién era el potencial enemigo.

Los retenes del Ejército, con tanques y sin ellos, se mantuvieron a lo largo del trayecto. El último se ubicó a la salida de San Vicente del Caguán, donde se desprende el camino de tierra que lleva hacia el sitio en el que se desarrolló la conferencia. Y justo allí, en una especie de caseta construida con costales verdes llenos de arena, fue donde nos empadronaron.

—¿Pero por qué te tengo que dar mi nombre y mi apellido?

—No solo usted sino todos los que van en esa camioneta. ¿Cuántos son?

—Pero es que no entiendo, explíqueme por qué debo quedar anotada en los libros del Ejército, qué pasa si yo no quiero dejar registro de que estuve aquí.

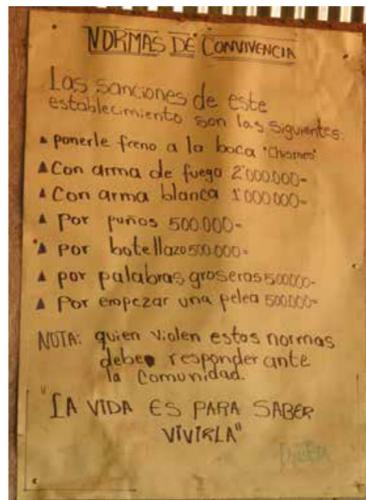
—¿De dónde es que es usted? ¿Cuántos son ustedes?

—Ya le dije: prensa. Somos prensa. Los logos están por toda la camioneta, usted puede verlos. No entiendo para qué los nombres. Eso ni siquiera es legal.

—Vea niña, necesitamos tener registro de cuántos entran por si algo le pasa a alguien allá.

—Bueno, entramos cinco, con esa información le debe bastar. Empadronar, así se conoce en la jerga oenegera al momento exacto en que la fuerza pública se hace con los nombres y los apellidos de quienes detiene, y esto fue lo que hicieron con nosotros, so pena de impedirnos seguir hasta el sitio de la conferencia. De haber sabido que faltaban casi siete tortuosas horas de trayecto para llegar a El Diamante, habría discutido un poco más antes de dejar mi nombre anotado en los registros del Ejército.

“Normas de convivencia” titula una cartelera en la que se asignan los valores de la sanción que deben pagar quienes se involucren en una pelea. El aviso se repite en casi todos los establecimientos comerciales de la vereda Las Damas, ubicada en la mitad del camino entre el último punto de control del Ejército y El Diamante: si es con arma de fuego, la multa son dos millones de pesos; arma blanca, un millón; si es a puños, botellas o insultos, quinientos mil pesos, el mismo valor que debe pagar quien inició el tropel. Todos los carteles cierran con la misma frase: “Quien viole estas normas debe responder ante la comunidad”; y a mí me costó creer en una comunidad tan organizada.



—La primera instancia es la comunidad, eso es cierto, pero si incumplen, la segunda instancia somos nosotros —me dijo un guerrillero que hizo parte de la delegación de paz esa misma noche, cuando ya estando en El Diamante le pregunté por esos carteles.

—¿Y qué va a pasar con esos modelos de orden establecidos que se cumplen porque evidentemente son respaldados por las armas? —fue lo siguiente que pregunté.

—No sabemos. No está claro. Muchos campesinos no quieren que dejemos las armas. Mire, en el Catatumbo nos pasó lo siguiente: reunimos a la comunidad de varias veredas y les preguntamos quiénes querían que las Farc continuaran en armas: todos, absolutamente todos, alzaron la mano; después preguntamos quiénes estaban dispuestos a empuñarlas con nosotros: ninguno la alzó. Esto no va a ser fácil, algunos sectores del campesinado se acostumbraron a una figura de autoridad y es como si la quisieran conservar. Lo difícil de los acuerdos viene es ahora.

Las palabras me devolvieron a Las Damas, donde un amigo le preguntó a un vecino de la vereda cómo veía el tema del plebiscito. La respuesta no fue ni positiva ni negativa, solo dijo que ellos (la vereda, supongo) estaban asustados de que las Farc dejaran las armas: “Cuando lo hagan, ahí sí el Estado nos va a quitar las tierras, nos va a expropiar más rápido”, fue lo único que respondió.

Treinta minutos antes de llegar al sitio de la conferencia nos topamos con un retén de la guerrilla, el único de las Farc, o por lo menos el único visible. No nos pidieron nombres, solo preguntaron si éramos prensa y luego de la respuesta nos dejaron seguir. Los chicos, todos muy jóvenes, no portaban fusiles, los tenían colgados en estacones en medio del follaje, donde también había un

grupo grande de guerrilleros y tiendas de campaña. Entonces empezó la sensación de estar en un mundo surreal.

La conferencia recibía a los invitados con una especie de arco formado con lonas blancas y azules, adornadas con la silueta de Manuel Marulanda, y en las que se leía el nombre del evento y un “bienvenidos” en español y en inglés. Veinte metros después de cruzar el arco, al costado izquierdo se encontraba el primer campamento guerrillero a cargo del Bloque Oriental; y de él salía a paso lento, cabizbaja y cubriendo su rostro con una gorra celeste, Salud Hernández Mora. Surrealismo español.

Frente a este campamento estaba la bandera de las Farc y al lado, un grupo de reporteros esperando turno para tomarse una foto junto al trapo. Me bajé del carro, cámara en mano, libreta de notas en el bolsillo, ávida de hacer reportería pero las escenas que encontré me causaron cierto fastidio: los guerrilleros eran asediados por periodistas que querían obtener sus pensamientos más íntimos; los filmaban y retrataban mientras dormían, comían, caminaban, lavaban ropa, incluso mientras se bañaban; el único espacio en el que conservaron su intimidad fue en las letrinas, y no estoy tan segura.

A un costado del campamento un grupo de guerrilleros despellejaba una res y los lentes, en masa, enfocaron el momento. Entonces tuve la primera impresión de la conferencia: un parque de atracciones guerrilleras y, como tal, los subversivos eran retratados como fenómenos de circo.

Avanzamos hacia el punto de acreditación en el que, además de la escarapela, nos daban una hoja de solicitud de entrevistas: pensando que era pan comido, solicité a casi todo el secretariado. Solo hasta el día siguiente, domingo 18 de septiembre, entendí el gesto medio burlón de la chica que me recibió el papel.



Nos asignaron cinco caletas en el segundo campamento guerrillero, a cargo del Bloque Sur de las Farc, ubicado en un extremo izquierdo y lejano del sitio donde se concentraba casi todo el evento. Este campamento tenía capacidad para cuatrocientas personas en una especie de cuartos individuales que incluían colchoneta y que nada tenían que ver con las caletas guerrilleras que yo conocía, a las que se asemejaban más las instalaciones del campamento del Bloque Oriental. No obstante, los cubículos trazados con plásticos verdes y reforzados con un toldillo, fueron suficientes para que algunos periodistas extranjeros se sintieran bajo el fragor de la guerra colombiana.

El hotel guerrillero estaba bien organizado y nos ofreció tinto mañanero, almuerzo y cena gratis. Lo cual fue muy útil ya que el restaurante “oficial” cobraba doce mil pesos por un desayuno que podía traer huevos, arroz y tostadas. Pero no puedo quejarme porque en el restaurante —tipo bufet— una vez puse cara de muerta de hambre y pedí el favor de que me echaran bastante comida porque venía con un amigo que no tenía plata; desde entonces les caí en gracia a quienes servían, asumieron que venía con un novio pobretón y se solidarizaron rebozando mi plato y doblando la ración de sopa con suma discreción. De mi plato siempre se beneficiaron dos o tres comensales.

Éramos más de novecientos periodistas y a mi juicio superábamos a los guerrilleros, pero no todos se alojaron en los campamentos, había una sección de literas y una zona de campamento, allí había que pagar diez mil pesos la noche si era en carpa y treinta mil si se prefería un camarote.

Las instalaciones del evento estaban compuestas por una amplia sala de prensa con un auditorio lateral, el restaurante, las zonas de *camping* y de literas, una tarima para los conciertos, una carpa para la acreditación, varios locales para el comercio, una estación de gasolina, un punto para hacer llamadas y otro para intentar conectarse a internet, un aserradero, el sitio donde a puerta cerrada se adelantaba la conferencia con los delegados de las Farc y tres campamentos guerrilleros: el del Bloque Oriental, el del Bloque Sur, y el tercero, un tanto secreto, en el que se hospedaban los delegados y parte del secretariado, custodiado en su totalidad por la Columna Móvil Teófilo Forero, las fuerzas especiales de las Farc. Después supe que la Teófilo no portaba camuflado y estaba mimetizada entre los civiles para labores de seguridad e inteligencia.

Todas estas edificaciones formaban una pequeña ciudadela que se unía por una carretera destapada que de repente comenzaba a trazar unas curvas pronunciadas e innecesarias: “¿Notaste que la carretera es el mapa de Colombia?”, me dijo después Félix Antonio Muñoz Lascarro, que no es Pastor



Fotografía por Ricardo Cruz.



Álape, como los medios erradamente aún reseñan. Pregunté quién había construido el camino de esta “Colombia” y me dijeron que un ingeniero; pregunté quién había pagado el ingeniero, y el resto de instalaciones y el personal del evento... Nadie sabía de dónde salía el dinero. Pero entre chanzas y risas, siempre quedó la sensación de que la financiación era mitad del gobierno y mitad de la guerrilla.

Las preguntas eran muchas y la curiosidad de los periodistas creció con la inutilidad de los teléfonos y los portátiles por la falta de internet. No había redes sociales para esculcar y ninguna cabeza fijaba su vista en las pantallas. Entonces nos vimos obligados a hablar entre nosotros. Periodismo de manigua y paciencia, de rumores e interpretaciones.

De esos diálogos salieron las mejores anécdotas, como la de Salud Hernández, que en horas de la noche se fue a buscar un baño y al parecer se perdió, por lo que enviaron un grupo de seis guerrilleros a buscarla pero regresaron sin éxito y preocupados. La tensión se rompió cuando una voz entre la noche dijo: “Qué va, dejen que esa vieja se pierda”. También se especuló sobre los comandantes guerrilleros y sus líos amorosos; y sobre los periodistas, especialmente sobre qué hacía allí, en la boca del lobo, Jairo Banquet, periodista de la Universidad de Antioquia, director y propietario de *La Chiva de Urabá*, quien fue condenado a 94 meses de prisión por paramilitarismo y tenía una orden de captura vigente.

El sábado terminó, el domingo estaba terminando y no lograba hablar con nadie del secretariado. Las entrevistas no eran aprobadas y la rueda de prensa solo permitía nueve preguntas para más de 350 medios inscritos: tres preguntas para los internacionales, tres para los nacionales y tres para alternativos. Las respuestas eran superficiales y evasivas. Entonces empezaron a reventar los ánimos de los periodistas y las voces de inconformismo tronaron poco a poco.

Entrevistar a un comandante del Estado Mayor Central, a un miembro del secretariado, o alguien de la delegación de paz que estuvo en La Habana, se volvió una hazaña de caza entre los periodistas. Durante esos días nos consultábamos constantemente con quién habíamos hablado, como si estuviéramos midiendo la ganancia, contando la menuda de palabras recogida en el día. La vanidad nos la pateó el corresponsal de CNN, el primero en lograr una exclusiva que le dio Iván Márquez y nos fue restregada en la noche del lunes 19 de septiembre.

No había “material duro”, como lo llamábamos, y todos los medios de comunicación se dedicaron a recoger historias de vida de la guerrillera, a registrar notas sobre las instalaciones, a cubrir los conciertos. Por mi parte, “colgué los guayos”



de reportera y salí a caminar por ahí para hablar con los combatientes rasos y con los campesinos que me cruzaba.

En mis entrevistas de sábado y domingo los guerrilleros parecían repetir un discurso aprendido, positivos frente a la firma de los acuerdos y “con muchas ganas echar pa adelante”. A partir del lunes, y ya sin chaleco ni cámara, ni grabadora, el discurso perdió un poco el camuflaje.

—¿Miedos? ¡Claaaar!, todos. Nos da miedo que nos maten. Tememos que el gobierno incumpla, pero el principal miedo es que nos maten. El paramilitarismo sigue ahí y nosotros vamos a soltar las armas; lo hacemos porque es la orden de los comandantes.

—¿Pero entonces ustedes quieren seguir en guerra?

—Nooo. Tampoco. Acá el que no está mutilado, está muerto. El otro ha sido de buenas y al que no le ha tocado vive todo el tiempo esperando la muerte. Tenemos mucho miedo pero la verdad es que casi nadie quiere seguir en guerra. Ni nosotros, ni el Ejército.

—¿Ya han hablado con el Ejército?

—Sí, y también están cansados. Vea, acá hay que entender una cosa: somos soldados de un mismo pueblo y nos estamos matando somos nosotros, no los hijos de los ricos. Nos estamos matando nosotros, y todos tenemos familias que queremos volver a visitar. Esa es la verdad.

—¿Se volverían a armar?

—Sí, si el Estado incumple.

La última respuesta me la repitieron todos los guerrilleros, rasos y comandantes, al igual que el miedo principal, aun así la actitud conciliadora y con ganas de lograr un positivo proceso de paz se sintió durante toda la estadía. El mismo campamento fue un símil de lo que podría ser Colombia después del 2 de octubre, los más de novecientos periodistas convivieron, al principio de manera extraña y forzada, luego de manera natural, con casi quinientos guerrilleros que ya no portaban fusiles porque, por directriz, debían dejarlos en las caletas y confiar a ciegas en los extraños que los rodeaban: una lección aprendida de parte y parte.

No desistí de mi objetivo de conseguir “material duro”, así que en horas de almuerzo hice campamento con otros colegas en la entrada del sitio donde se discutían las quince tesis guerrilleras que iba a abordar la conferencia, a ver quién asomaba. Entonces logré mi primer trofeo: Jesús Santrich. No recuerdo absolutamente nada de lo que me dijo. Emocionada olvidé prender la grabadora y la euforia del instante me nubló la memoria, solo me quedó una foto como souvenir. En país de ciegos, el tuerto es rey.

Al segundo que abordé fue a Romaña, y debo confesarlo: me intimidó. Jamás había visto a alguien que tuviera tanta presencia militar aunque estuviera vestido con una camisa rosa pastel, en pocas palabras, alguien que produjera temor con solo pararse al frente. Cuando me acerqué, le decía a una periodista que si pasados 180 días el paramilitarismo no se desmontaba, los acuerdos iban a empezar a temblar. Cuando terminó la entrevista le cerré el paso e, incrédula, repetí la pregunta sobre qué iba a pasar si el paramilitarismo no se desmontaba. Romaña se ratificó con una firmeza que parecía anticipar que eso sucedería. Su escepticismo por el proceso casi se podía oler.

Después vi declaraciones tuyas en medios de comunicación, especialmente las que hacen referencia al tema del secuestro, y en sus respuestas noté una vaguedad que no supe si era fanfarronería programada, y si ante el Tribunal Especial para la Paz sus respuestas

ya serían similares a una confesión; o si desconocía en absoluto que un ataque repentino de mala memoria le podía traer veinte años de cárcel. Lo que sí puedo aventurar es que un hombre como Romaña, el hombre más buscado de las Farc, no va a pasar dos décadas tras las rejas; por lo que si a futuro las Farc tienen una disidencia esta podría contar desde ya con su comandancia.

Sin embargo, y debo escribirlo, al cierre del evento Iván Márquez fue enfático en manifestar que todas las delegaciones habían aprobado unánimemente los acuerdos logrados en La Habana. “¡Se acabó la guerra! Díganle a Mauricio Babilonia que ya puede soltar las mariposas amarillas”, con esta frase cerró Márquez su discurso; no vaya a ser que ahora le dé a Romaña por enjaularlas.

Después de lograr a Santrich, Romaña y Victoria Sandino —está última me adelantó que se estaban peleando, “pero sin pelear”, mayor representación de las mujeres en el Estado Mayor de las Farc, “por ahí el cuarenta por ciento”, lucha que al parecer lograron porque al cierre de la conferencia pasaron de 32 integrantes a más de sesenta— me cansé de la cacería y desistí de los trofeos. Entonces, en las noches me dediqué a hacer lo que haría cualquier periodista disidente: beber.

Escuchando el concierto de Los Rebeldes del Sur, o Alerta Kamarada, no recuerdo, me tomé un par de ronones con Marcos Urbano, uno de los veinticuatro presos políticos a los que el gobierno permitió salir para asistir a la conferencia y que a esta hora ya deben estar de nuevo en sus celdas. De Marcos, que está en una cárcel de Medellín y es bastante reconocido por su operar urbano, supe que los integrantes de la estructura criminal conocida como Oficina de Envigado tienen un serio interés de iniciar una negociación para lograr “una paz urbana”, o eso es lo que le han manifestado en los patios.

Cuando no estaba en los conciertos, estaba en el restaurante, en donde parecía tener sitio asignado: todas las noches hubo una botella de Old Parr sobre la misma mesa y unas cuantas cervezas Club Colombia que compartí con guerrilleros, colegas de la prensa y defensores de derechos humanos. Y entre trago y trago, como suele pasar, fue cuando obtuve las declaraciones más veraces y espontáneas: según Prometeo, integrante de la delegación de paz que estuvo en La Habana, las Farc le apuestan todo a que en las próximas elecciones obtendrán casi seis millones de votos de los doce millones que se estiman del área rural del país. Una especie de utopía electoral si se tiene en cuenta que la mayor votación histórica de la izquierda son los 2'600.000 de Carlos Gaviria en el 2006. La realidad electoral podría ser un primer estrellón para el “Ejército del Pueblo”.

También supe que las Farc habían peleado en los acuerdos, hasta el último minuto, que les permitieran constituir (y construir) una EPS que “prestara un servicio de salud más digno y que estuviera extendido hasta las zonas rurales a las que nunca llega el Estado”, pero el gobierno se negó y no dio el brazo a torcer en esta negociación. La nueva sigla alcanzó a sonar, Farc-EPS.

Los cultivos ilícitos van a ser reemplazados por cacao, café y otros, serán vendidos a través de cooperativas y la ONU se comprometió a comprar todo lo producido durante los primeros cuatro años, una vez implementados los acuerdos.

—Pero acá va a pasar algo. Un ejemplo: en el sur del país podemos controlar el setenta por ciento de la producción de la droga. Le explico, este setenta por ciento se reemplaza por un cultivo legal,

pero la droga reemplazada tiene una demanda internacional que involucra carteles: ¿quién la va a suplir?

—¿Quién la va a suplir?

—Se especula que este coletazo lo van a sufrir Perú y Bolivia, que será quienes posiblemente compensen la demanda de droga, ¿pero y si no?

—¿Pero y si no?

—Por eso le digo, vieja, acá va a pasar algo. Esto afecta el panorama internacional y eso no está planteado en ningún acuerdo. Acá puede a pasar algo, y feo.

—¿Acá puede pasar algo?

La conferencia no terminaba y el miércoles decidimos irnos. Irónicamente, Pastor Álape, a las siete de la mañana de ese día, nos dio entrevista. Fue mi último trofeo de caza y no tuve con quien presumirlo porque una vez terminamos de entrevistarle, nos bañamos y nos fuimos. Álape fue más diplomático y dejó ver un talante de político, le repetí la pregunta que le hice a Romaña: ¿Qué va a pasar si en 180 días no se desmonta el paramilitarismo?

—Yo no creo en los plazos, ponerle fecha a eso es muy difícil. Es un proceso complejo, es un tanto iluso pensar que en seis meses va a terminarse con el paramilitarismo, cuando las soluciones al problema son estructurales. Las salidas no siempre son militares.

—Romaña planteó que de no desmontarse, los acuerdos empezarían a temblar.

—Los acuerdos se aprobaron unánimemente, pero unos compañeros guardan escepticismos. Todos queremos que esto funcione, pero unos, de pronto, son más precavidos que otros.

—Obama no viene para la firma en Cartagena, ¿qué opinión le merece eso?

—Allá están en campaña y necesitan que gane Hillary, es natural y completamente comprensible que no vengan.

—¿Cuál es el sapo que se tuvo que tragar las Farc en estos acuerdos?

—No me gusta esa palabra, es peyorativa. El tema de la tierra es muy complejo, la verdadera reforma agraria aún no se logra. El trabajo viene ahora.

—Comandante, regáleme ese sombrero.

—Hombre, qué tienen todos con mi sombrero, ya me lo han pedido en tres partes. Cómo le voy a dar el sombrero, no ve este sol tan bravo.

Intentando pronósticos, me atrevo a formular que entre los futuros candidatos electorales de las Farc, Pastor Álape y Victoria Sandino tendrán un papel clave.

Atrás, en El Diamante, se quedaron los AK47, los norinkos, las franelas, las botas de caucho, los camaradas, y René Higueta que, siempre desatinado, aparece en los escenarios históricos, como si fuera el Forrest Gump colombiano; y volvieron los Galil, los M16, los camuflados que incluían cascos y botas militares. Al pasar por el puesto de control del Ejército en el que nos empadronaron, en vista de que faltaba un integrante, dijimos que veníamos cuatro. El soldado dio el informe en la caseta de costales verdes y después, sin más, nos dejó seguir.

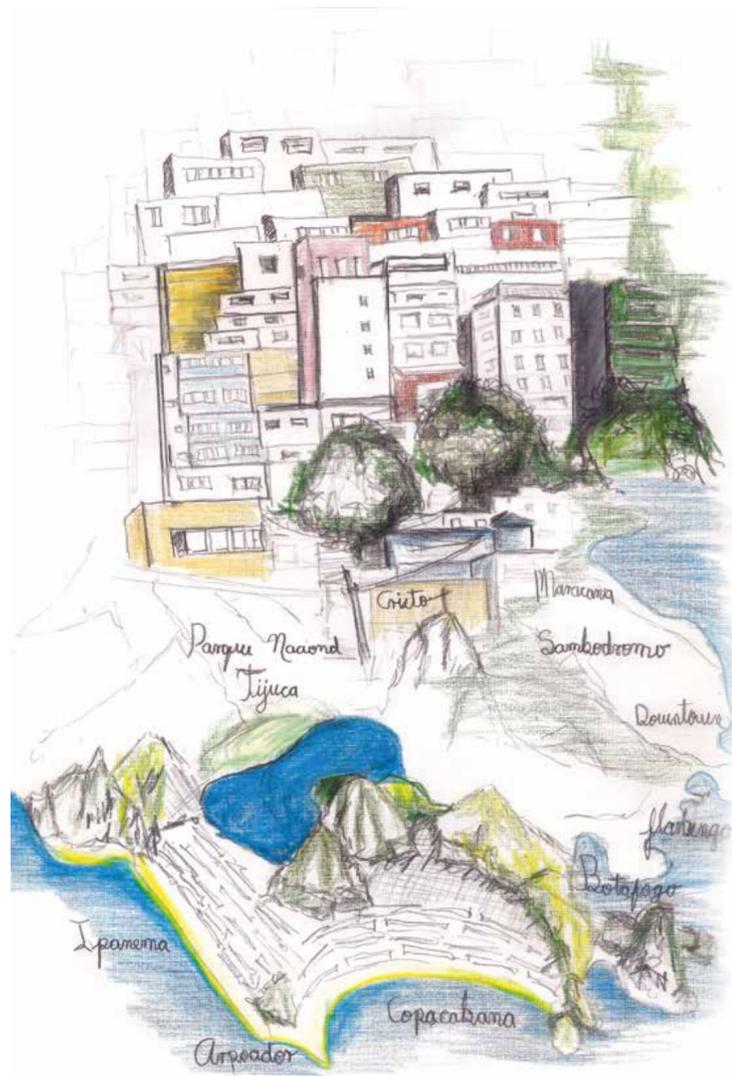
El riguroso control militar, que no dejaba avanzar si no registrábamos nuestros nombres y la placa del carro, ni siquiera se inmutó ante la ausencia de uno de los pasajeros. Pero adaptada, como estaba, a las paradojas, no me sorprendí.

En las tres horas que tomó el retorno a Florencia tuve claro que este viaje derrumbó mis hipótesis y me dejó una certeza: todos tenemos miedo, diferente, pero miedo al fin y al cabo. Cerré los ojos y pensé que el camino de regreso podía ser igual al que debemos emprender para encontrar paz en este proceso: parece tranquilo pero no deja de ser delicado y peligroso, y aunque no separamos bien de qué, puede que toque flaquearlo con tanques de guerra. ©



Fotografía por Ricardo Cruz.





El caso es de amor

por **ÁNGELA CUARTAS**

Ilustración: Verónica Velásquez

Río de Janeiro es una ciudad que ha encantado y ha servido de refugio a mucha gente. La familia imperial portuguesa burló a Napoleón y logró llegar hasta acá, donde tuvo que adaptarse y reinventarse a la fuerza, donde padeció todo el rigor de un territorio selvático, caótico, desbordado. Río siempre ha sido un oasis para el sufrido pueblo del nordeste: he oído no sé cuántas canciones sobre el desarraigo y la *saudade* que la gente del interior enfrenta cuando se viene a buscar un camino en estas tierras luminosas. No sé cuántas epifanías ha protagonizado, cuántas experiencias místicas, danzas, éxtasis poéticos, religiosos y botánicos ha suscitado. No sé para cuántas muertes, torturas, brujerías, traiciones y humillaciones ha servido como fuente y escenario. Aun así, a veces me sorprende haber terminado haciendo parte de esa multitud esperanzada y deslumbrada, del grupo enorme de personas que buscan agarrarse de la vida con las armas a la mano, con toda la fuerza de la que son capaces. Yo llegué acá buscando un lugar con mucho sol y savia, donde el grito de la vida fuera estridente y difícil de evadir. Me dio lo que esperaba: Río ha sido un remedio, con todo y lo amargo.

Hoy, caminando por Santa Teresa descubro una casa antigua tomada por la hiedra, pero no abandonada. Por la ventana más alta se asoma una cabeza blanca que me mira atentamente.

Las *manguieras* cargadas, los almendros plácidos. Más abajo, en el centro, un hombre me insulta. Porque sí, porque lo había mirado, o porque no. Policías conversando en voz alta mientras esperan: un tumulto está siempre por tomarse las calles.

Jóvenes y no tan jóvenes pintan letreros contra el voto obligatorio, contra el gobernador, contra la violencia policial, contra el sistema. Un artesano mira todo, aletargado.

Una turista, tal vez alemana, casi se atropella mientras fotografía la puerta de un garaje.

La calle sucia, la vista al Pan de Azúcar, la selva, el mar.

El aire denso, un poeta ofreciendo su poesía, un empleado de la Unicef fingiendo entusiasmo, un pastor sosteniendo un letrero que dice: "Usted merece el infierno".

Muchos durmiendo en cambuches de cartón, en plena acera, en horario laboral, con restos de comida al lado. Palomas aprovechando.

Mujeres bonitas, mujeres gordas, mujeres flacas, mujeres raras, mujeres con barba de tres días, mujeres desproporcionadas, mujeres con frío, mujeres con calor, mujeres crespas, mujeres alisadas, mujeres planchadas, mujeres con afro, mujeres embarazadas, mujeres viejas y arrugadas, mujeres elegantes, mujeres en chanclas con la barriga por fuera, mujeres que gritan, mujeres que miran por encima del hombro.

Pienso en el nombre. "Una ciudad que se llama Río está condenada a enamorarme".

Franceses coqueteando con el caminado. *Cafezinho*. Libros de poesía. Obreros comiendo galguerías en su pausa del medio día.

Soñé que un negro en una moto me robaba. Yo le rogaba que me dejara el celular. Él negaba con la cabeza y me apuntaba con su arma. Ahora miro muchos negros con sospecha, me saludan, me dan miedo. Eso no me pasaba antes.

Un hombre obeso se chupa el índice y el corazón mientras conversa con dos muchachas bonitas.

En el banco el celador me ayuda. Me mira con condescendencia cuando descubro qué es lo que hace que la puerta pite. El cajero me explica todo con calma, sin perder la paciencia.

La mujer con los labios más gruesos del mundo me da información. Se echó brillo. El portugués me vuelve a sonar bonito, me sigue costando pronunciarlo. Mucho.

Parece que hay música en cada esquina, la gente comenta todo, lo explica todo, busca puntos en común. O discute sin compasión.

Veo el partido del Flamengo. Al bar no le cabe un personaje más. Todos me hacen reír, se me antojan caricaturas. "¿Será que yo miro mal?". Cruzo miradas con el cajero del *boteco* que debe estar preguntándose yo dónde había estado metida. Lo saludo porque la situación ya se puso incómoda. Tiene ojos bonitos y está entusiasmado por el partido. La cerveza sabe a gloria, no sé cómo pude dejarla. Voy al baño y cuando salgo a lavarme las manos un tipo detrás de mí dice "Miaaaaauu". "¿Ah?". "Su camiseta, dice miao". Sí, mi camiseta tiene un gato estampado adelante y atrás dice miao.

Yo iba a escribir sobre sentimientos, los sentimientos que me despierta la ciudad, pero no los puedo nombrar: son muchos, se mezclan. La quiero, la idealizo y la sufro. La voy a extrañar cuando me vaya del todo. O tal vez la olvide con esa facilidad falsa y traicionera que tengo para fingir que el pasado no existe. Tal vez el grafiti que vi hace poco resume lo que siento en este momento por Río: "Passaria uma vida ao seu lado, mas não esta". ©



LA DIFERENCIA ESTÁ EN QUE
A NUESTROS ASOCIADOS
LES BRILLAN LOS OJOS

Cooperativizando para el
BIENVIVIR



Encuétranos en
www.confiar.coop



POR FIN VERANO

Verano Ilustrado

Acércate al mundo de la ilustración para conocer un poco de historia, teoría y herramientas prácticas para el desarrollo de su propio estilo gráfico.

40 horas

8:00 a.m. a 12:00 m.

21 de noviembre al
2 de diciembre de 2016

Inversión \$750.000 COP

Verano Fotográfico

Aprende sobre la historia de la fotografía, la composición, la fotografía artística, el reportaje gráfico y el estudio fotográfico.

Más información:
Teléfono: (57) (4) 2619500 Ext. 9093
escueladeverano@eafit.edu.co

www.eafit.edu.co/escueladeverano



Un acróbata barriendo la cocina

por SANTIAGO GALLEGO

Ilustración: Samuel Castaño

Si la literatura sueña con arrojar como fruto algún tipo de sabiduría o algo similar, tal vez sea porque ya está muerta.

Ko Un, poeta aficionado al vino

Casi al final de *Corea: apuntes desde la cuerda floja*, Andrés Felipe Solano —nombre que no puedo escribir sin imaginarme a un niño bueno, sentado muy juicioso en la esquina del patio central— transcribe una cita de Baudelaire, citado por Hrabal, que tal vez responde a esa pregunta que nos hicieron insistentemente en casa cuando leímos algunos pasajes del libro en voz alta: ¿Pero por qué se fue ese tipo a vivir a Corea? ¿A quién se le ocurre hacer eso? Dice Baudelaire: “A mí me parece que siempre estaré bien donde no estoy, y este asunto de la mudanza es uno que estoy discutiendo constantemente con mi alma”. Montaigne ya se había manifestado sobre la razón de viajar, en un famoso pasaje: “Sé de lo que huyo, pero no sé lo que busco”. Esa indeterminación, tan moderna, es la que resuena en el fondo de la presente obra de Solano.

El argumento de este libro de no ficción es sencillo: un escritor joven se va a vivir a Seúl con su esposa surcoreana. Tienen poco dinero y más preguntas que respuestas. “Nosotros no tenemos nada, ni siquiera una cama, mucho menos una nevera, un sofá o un escritorio. Nuestra vida está empacada en cuatro maletas. Aun así, somos felices y no tenemos miedo. Quién sabe cuánto nos dure la fortaleza”. Durante un año ese escritor se dedicará a componer un diario, que él con modestia bautiza “apuntes”: un conjunto de notas diversas —narraciones breves, pensamientos, observaciones etnográficas, temores, citas de libros, llamadas de auxilio—, agrupadas bajo el paso de las estaciones, que dan cuenta de su vida en Corea del Sur; es decir, que dan cuenta de su vida y de Corea.

En tierras tan ignotas, es fácil sucumbir a la tentación de lo exótico y abandonarse al recuento de lo distinto. Solano, cómo no, construye una cámara de las maravillas para el lector de curiosidades y nos describe, por ejemplo, las múltiples formas de la prostitución que existen en Seúl y que abarcan modalidades tan dispares como las casas de besos y el sexo oral practicado en ropa interior. Nos describe algunos de los platos locales, los problemas políticos con Corea del Norte, el hiperconsumismo surcoreano, los tatuajes prohibidos, las amas de casa comprando medidores de radioactividad portátiles, las funciones de cine a las tres de la mañana, la blancura hiriente del invierno, el melancólico calor intenso del verano, los frutos malolientes de algunos árboles, la belleza de los cerezos en flor, los exorbitantes depósitos de arriendo, las ubicuas supersticiones, las tribus urbanas de mujeres maduras que usan viseras y reparten carterazos,

los parques temáticos para adultos donde parejas en yeso practican “un *cunilingus* eterno, el difícil e inestable 69 de pie, o un furioso *doggy style*”, algunos letreros en las calles escritos en letras latinas (“Café Rabia y un almacén de ropa para mujeres llamado Madam Polla”), la inexistencia de las drogas; el hombre que fumó la marihuana que cultivaba en su jardín durante años, en un parque, sin ser denunciado, porque nadie conocía el olor de la yerba; los coreanos escupiendo en la acera e interrumpiendo cualquier ensoñación de esas que llamamos “poéticas”, la ausencia de filas, la obsesión por el maquillaje, la preocupación asfixiante por el cuerpo entre hombres y mujeres: por las cejas, la nariz, el pelo, el acné; las férreas jerarquías familiares, la transformación de la educación en el más pesado de los fardos.

Esas y otras rarezas pueblan estas páginas, pero ninguna de ellas responde a las preguntas que es lícito formular y a las que el libro también contesta: ¿Por qué nos vamos? ¿Por qué permanecemos en la distancia? ¿A qué renunciamos cuando renunciamos? ¿Qué ganamos y perdemos con las penurias lejanas y autoinfligidas?

Solano entra a una tienda y recibe el cambio equivocado por parte del dependiente. Una vez fuera, fantasea con el apocalipsis cotidiano que ve venir cuando reclame el dinero faltante. “Pensé en la batalla que se adevinaba, en que debía mostrarme firme, en lo agotado o furioso que saldría si el hombre no estaba dispuesto a devolverme el dinero. El cajero me defraudó. Reconoció el error con una sonrisa pacífica y me pidió disculpas. Salí y me sentí extraño, perdido y sin saber qué hacer con la pequeña descarga de adrenalina que aún sentía en mis venas. Me costó aceptar que todo estaba bien, que el mundo podía funcionar”. Nos habla, claro, de ese estado colectivo de histeria que vivimos todos los días en Colombia: prevemos que nada funcionará, que nos intentarán correr la silla al sentarnos, que en el supermercado nos cobrarán de más o nos engañarán de alguna forma, que la interminable fila en la oficina del gobierno culminará con la exigencia de regresar con un remoto papel desconocido que no llevamos, que el banco nos tendrá en vilo durante días antes de devolvernos el dinero que se esfumó de nuestra cuenta y que cualquier cosa, pública o privada, insignificante o de importancia, nos costará la dulce vida, esa que parece existir solo en los remotos versos de Homero. Llevamos con nosotros todas nuestras tragedias nacionales adondequiera que vamos.

Pero el libro de Solano no es una invectiva contra Colombia. Apenas encontramos en él algunos indicios que

nos explican el porqué del autoexilio del autor. Refiriendo una conversación que sostiene con una suerte de mecenanas, por ejemplo, nos informa: “Vamos de la familia a la política, en una carrera de largo aliento para establecer qué país está peor, Colombia o Corea. Entiendo sus razones pero entonces me toca sacar el as bajo la manga, la infalible baratija: por lo menos aquí no matan gente para robarle el teléfono celular. O, mejor, simplemente no matan a nadie”. Y también: “Es extraño: en Corea no he sentido el peso de los domingos. En Bogotá me pesaban como ver a un familiar muerto en sueños”. Y este otro: “Camino en la madrugada a mi aire, sin tener que mirar sobre mi hombro a la espera de que me asalten”. Y, quizás, una observación definitiva —que aparece con un énfasis poco usual en la prosa más bien sosegada de Solano—, al pensar en la idea del regreso: “¿Y después del regreso a Bogotá? Acaso volver a partir, entregar a la humedad y a los bichos los libros comprados, hacer el mismo plato de espagueti a la carbonara en varias cocinas, en lugares tan diferentes pero tan iguales. Largarse otra vez, seguramente. Porque Bogotá me enferma. Tan avara y mezquina, tan llena de drogas y desesperación. [...] La violencia en la punta de los dedos. [...] Aquí, lejos de todo pero tan lleno de mí mismo, son las cinco de la tarde, que siempre es la hora más difícil de todas”.

Acompañamos a Solano durante un año, nos metemos en su casa, vamos con él al trabajo, conocemos a sus pocos buenos amigos, que son en verdad muy pocos: Cecilia, su esposa, y John, un profesor de literatura. Y en esa fotografía, nitidamente borrosa, nos vemos también a nosotros mismos: con la rodilla temblorosa el primer día de ese nuevo empleo, sintiendo culpa por haber pasado mucho tiempo en internet, ebrios de tedio en las reuniones familiares, abandonados a la autoindulgencia de los programas culinarios en la televisión. Sin la necesidad de convertir lo prosaico en poético a fuerza de disquisiciones o maromas verbales, o de pretender vivir en el Olimpo de las ideas dignas de ser pensadas, vemos ahí a Solano sacudiendo y barriendo la casa, contándolo todo con una tranquilidad y cálida ironía. Es como ese amigo que perdimos —o que nunca tuvimos—

y que nos cuenta una historia insustancial sin esperar mucho a cambio, salvo cuidar ese momento de generosa inutilidad que estamos compartiendo. En este libro nos habla un hombre.

¿Y qué nos dice, ya sentados en la sala de su apartamento? Que está solo y en silencio, sin amigos, con el amor siempre frágil de una mujer a su lado, sin respuestas. “Desde hace unos días Cecilia tiene una nueva rutina. Se va en la mañana y no regresa hasta las nueve de la noche. Son largas horas en silencio que me llevan a formas de ansiedad desconocidas”. “Dónde vivirá en diez años, en veinte años, qué me pasará por la cabeza cuando vuelva a ver este retrato. ¿Estaremos aún juntos, todavía escribiré o habré abandonado esta lucha que por momentos me parece tan estéril?”. “No sé qué es mejor, si envejecer junto a Cecilia en paz y en medio de un dulce aburrimiento, o vivir creyendo que se puede amar a varias mujeres, una tras otra a la vez”. “[Cecilia] ahora da lecciones de coreano en una academia para extranjeros y regresa a casa siempre de buen humor. Parece estar en paz consigo misma. La envidia”. “He terminado por estar sin amigos, pero la angustia ya no es la misma de hace unos meses”. “Mi libro es mi coartada, mi patente de corso para sentarme a solas en un jardín a beber té”.

Esto último, que casi podría pasar desapercibido, es el corazón latiendo furibundo tras estas confesiones surcoreanas: Solano nos habla de la vida del escritor y de la materia de su escritura. No solo menciona a los autores que le gustan (Genazino, Sebald, Cossery, Onetti, Yun Heung-Gil, Vonnegut, Fonseca, Araki, Nosaka, Hamsun), sino que nos habla todo el tiempo, desde el principio y sin énfasis, del oscuro alimento del escritor: la observación, el silencio,

el aislamiento, los sonidos de las palabras, la soledad, la compañía reconfortante y buena del alcohol y del tabaco. En suma, la vida insustancial, amorfa, aburrida, casi insoportable, de la que nos desentendemos o liberamos cuando la llamamos “costumbre”, y que regresa, viva y única, en la escritura. Alimento que se consume mientras nos balanceamos sobre la incertidumbre y el peligro inminente de la cuerda floja, convencidos de que agitarnos sobre esa cuerda es un oficio.

Corea: apuntes desde la cuerda floja es un libro sobre la paciencia, porque el tiempo, que se nos presenta como recuerdo o esperanza, siempre amenaza con derrotarnos. Es un libro sobre el silencio, porque el ruido propio y ajeno siempre amenaza con ensordecernos. Y es un libro sobre el amor, que en medio de la desesperación y el miedo siempre promete salvarnos. Me he preguntado si este libro seguiría siendo valioso si hubiera sido escrito en un lugar menos pintoresco que Corea, digamos, por poner un ejemplo, en un lugar plomizo como Bogotá o como Londres. Seguramente lo sería, porque el vaivén de estas doscientas páginas oscila más allá de las rarezas culturales del lejano país asiático; finalmente, ¿quién no tambalea, de una u otra forma, sobre la cuerda floja? ¿Quién no es, dondequiera que esté, un eterno inmigrante? ☺



Caído del ZARZO

Elkin Obregón S.

LA FUNCIÓN DEBE CONTINUAR

Lugar, Valparaíso, Antioquia. Año, impreciso. Como el teatro del pueblo estaba en remodelación, alguna entidad (colegio, escuela, biblioteca, ayuntamiento) facilitó un local para la función teatral de esa noche. El recinto era estrecho, incómodo y penumbroso. La obra, *La zapatera prodigiosa*, de Federico García Lorca. El empírico director de escena, Javier Vélez (q.e.p.d.), valparaísoño de tiempo completo, arquitecto, recitador en uso de buen retiro. Los actores, estudiantes de bachillerato, algún maestro, todos debutantes en esas lides. Sobre el escenario, mesas, sillas y parroquianos que figuran una taberna pueblerina; detrás del mostrador, la zapatera, alma y nervio de la historia.

Al comenzar la obra, el autor (Javier, por supuesto) recitó ante el público el prólogo con el que todo comienza. Después, retomando su voz de siempre, se adelantó unos pasos y recordó a los asistentes los serios problemas energéticos que por esos días afrontaba el pueblo. No debían preocuparse, pues, si acaso la luz se iba en mitad de la representación; los actores se apresurarían a encender las velas que adornaban las mesas dispuestas en el escenario y la obra seguiría su curso sin tropiezo alguno. Así sucedió, en efecto. La luz se fue, el público esperó y aquella ceremonia de las velas, no deliberada, añadió un toque de magia a esa comedia llena de magias.

(Esa noche, en un café de la plaza, tuve el gusto de charlar con la protagonista, una modesta colegiala que, a golpes de intuición y bien guiada por su director, logró expresar toda la fuerza, la gracia y la lozanía de la zapaterita lorquiana. Que se sepa, jamás volvió a pisar un tablado. Debí vivir ese momento como una epifanía. Creo que lo fue).

He asistido varias veces, aquí y allá, a montajes de *La zapatera prodigiosa*, con actores profesionales y escenografías impecables. Ninguno de ellos me gustó tanto como aquel que se ofició en ese recinto oscuro perdido entre breñas antioqueñas. Pienso que el propio Federico, de haberlo visto, me hubiera dado la razón.

P.D. En la década del 70 (lo relata Rodrigo Saldarriaga, en su libro *Tercer timbre*), el Pequeño Teatro hizo una gira por caseríos costeros del río Magdalena. Por las noches, presentaban a los pescadores y sus familias espectáculos teatrales que estos recibían con asombro y entusiasmo. Terminaron su correría en un pueblito escondido en la montaña. Les dio allí calurosa acogida el cura párroco, un español exiliado desde los tiempos de la Guerra Civil; esa noche, al calor de unos guaros, les contó que siendo párroco en España de otro pueblo perdido en el mapa había recibido la visita del hoy legendario grupo teatral La Barraca, cuyo director, García Lorca, le relató anécdotas y aventuras de su amado grupo. Lorca nos une.

CODA

No sé si el flamante campeón de la Vuelta España haya comido alguna vez torrijas, esas tortas veraniegas que, solas o con un buen vaso de horchata, son un auténtico manjar de dioses. Si alguien lo pone en duda, llamo a testimoniar al gran escritor español Antonio Díaz-Cañabate: “...la torrija se eleva a lo selecto, eso a lo que es tan difícil llegar, como escribir el castellano igual que fray Luis de Granada, sin aparente esfuerzo, porque sí, porque lo quiso Dios”.

Anímate, Nairo. Y buen apetito. ☺

EMBUTIDO ARTESANAL

itaca

GASTRONOMIA PERSONALIZADA

Encuétranos también en el Teatro Pablo Tobón

DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

Clinica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

por POMPILIO PEÑA MONTOYA

Ilustración: José Manuel Celis

Hasta hace un mes Tania Ángel trabajaba como cosmóloga en un spa en Medellín. Durante el último año, de repente, tras una época de desafueros adolescentes en Armenia, comenzó a lucir prendas exclusivas de Stradivarius, a oler a fragancias de Carolina Herrera, a hospedarse en hoteles con vista al mar de San Andrés, a frecuentar restaurantes italianos y a llevar una flamante cartera Louis Vuitton. Un aspecto de su carácter había cambiado: seguía siendo una delicada y tímida joven, pero ahora parecía consciente de los límites de sus gustos sin privarse de ninguno de ellos. Su madre la interrogó por teléfono: “¿De dónde sacas tanta plata?”. Sus amigos también le hicieron preguntas incómodas. Así que comenzó las mentiras. En efecto, era imposible justificar un empleo que le brindara tantas comodidades con apenas una técnica en belleza facial.

Hasta la noche en que su secreto dejó de serlo. Hoy, a sus veinte años, Tania Ángel lo recuerda divertida. Pero ese día saltó de su cama al ver el link que le enviaba un viejo amigo de colegio a través del chat de Facebook. Era un video en el que ella aparecía jugando con un consolador enorme, divertida, perversa, sensual, metiéndoselo a la boca, mientras sus torneados y lívidos senos se balanceaban hipnóticos y sedantes; desnuda como nadie la imaginaría si la hubiera conocido dos años atrás, discreta a pesar de llevar una vida loca desde sus dieciséis, cuando decidió escapar de las opresivas reglas de su padrastro.

—¡Dios mío!, recuerdo que me dije cuando me vi desnuda —me cuenta Tania Ángel con una risueña voz de sorpresa—. Sabía que no podía seguir mintiéndole a mi mamá.

Entonces le le reveló a la familia su secreto. No trabajaba de cosmóloga en un spa, sino desnudándose frente a una computadora, charlando con hombres a los que nunca les vería el rostro a pesar de que ellos la conocían completa. Un empleo socialmente inaceptable en el que hoy trabajan, según quienes conocen el negocio, al menos cuatro mil chicas en Medellín, dentro de estudios y cuartos, como quienes consumen una sustancia prohibida o alimentan sus perversidades solitarias. Un cifra inimaginable hace diez años, cuando comenzó este fenómeno dentro de un bus adecuado con una antena satelital en el techo y tres computadores en cubículos de icopor, tapetes mullidos, cortinas rosadas y un puñado de cojines y vibradores.

Parece insólito pero es así, el primer estudio de chicas *webcam* de Medellín fue un bus que rodaba por las calles con jovencitas universitarias y un conductor que a la vez era ingeniero de sistemas y experto en evadir a la policía. Mientras en el día hacía una ruta corriente a barrios periféricos, perfumado con esencias lubricantes, en las noches, el bus sin sillitas se convertía en un libidinoso carro fantasma que vagaba por los barrios, se instalaba en algunos parqueaderos dependiendo de la fuerza de la señal y comenzaba a transmitir para el mundo.

Pero cuando el conductor advertía la presencia de las patrullas, las jóvenes empelotas sobre el piso y transmitiendo



por MSN Messenger tenían que pasar la vergüenza de aferrarse de donde pudieran para no ser sacudidas en la huida del bus. A veces terminaban aporreadas por las torres de las computadoras y los consoladores acababan en las manos equivocadas.

El bus de la iniciación duró dos años rondando hasta que su dueño decidió rentar una casa en el barrio San Diego, para montar un estudio definitivo.

En el 2005 las chicas tenían un sueldo fijo de 130 dólares mensuales. Hoy las profesionales en Medellín, no más de quinientas, ganan en promedio 4.800 dólares. Las otras 3.500 chicas no pasan de los mil dólares.

El descubrimiento

Tania Ángel ocupa hoy un apartamento sin lujos en el piso quince en el barrio El Poblado. Aquí, en las horas frías la niebla se respira, y si uno se detiene a espiar el ambiente de los apartamentos contiguos, se ven piscinas y saunas, filas de camionetas y autos de lujo parqueados. Y tras las ventanas y los largos balcones, están las bibliotecas y salas con mullidos muebles, los candelabros de cristal y los minibares. En el balcón del apartamento, Tania descubrió el placer de sentir el

viento desnuda: una pequeña felicidad que pocas disfrutaban. Lo cierto es que desde que está en el oficio ha tenido revelaciones interiores y placeres que comenzaron a superar la pesadilla de los primeros desnudos.

Estoy sentado en el sofá de su cuarto y Tania me habla desde su cama cubierta por un cubrelecho con florecitas de almendros. La cabecera de cedro tiene un velo blanco de novia y a un lado, en la mesa de noche, hay velas aromatizadas y un reloj despertador. Desperdigados hay una veintena de cojines y en frente de la cama un televisor de 65 pulgadas. Antes de mi llegada, Tania estaba comprando ropa interior, una de las pocas cosas que la divierten tanto como colorear un libro de mandalas o jugar con su perrita pomerano, Aisha, de cuatro meses, que ahora corretea como impulsada por un mecanismo de cuerda.

Tania recuerda que no pudo dormir la noche en que vio el video donde aparecía masturbándose. Expuesta a sus vergüenzas, a los juicios injustos. Pensó en toda clase de coartadas para negar ante sus amigos en Armenia y en Cúcuta que la del video fuera ella, o peor aún, frente a su familia. Asustada llamó a su manager, un joven aficionado a los superhéroes llamado Juan Bustos, quien lleva una década en el negocio. Lo puso al tanto de su angustia.

Con un solo juguete

—Si no te da vergüenza no veo por qué tengas que renunciar —le dijo—. ¿Estás avergonzada?

—No. Para nada —le replicó Tania al otro lado de la línea—, es solo que...

—Entonces deja que se vayan dando las cosas. De todos modos ya hay más de cien videos tuyos en internet.

La abrumó la cifra. Nunca se le había pasado por la cabeza buscarse en Google. Lo hizo con su seudónimo, Tania Ángel, y la imagen de su rostro apareció entre mujeres desnudas. Hizo una pesquisa a fondo y encontró videos que la presentaban como la lolita que estaba enloqueciendo a los adictos a las modelos *webcam*. Nunca imaginó que sus sesiones fueran colgadas en sitios pornográficos cuando lo que ella hacía era erotismo puro. Sintió miedo, culpa, terror y rabia por algunos días. Pero luego se descubrió inmune, con la libertad absoluta de hacer lo que le viniera en gana sin que nadie la hubiese tocado.

—Entonces supe que mi ambición era más grande que mi vergüenza. Si no mira mi televisor.

El plasma cubre media pared en frente de su cama. Es una de las pertenencias más preciadas de Tania. No le interesa comprar una camioneta como sí lo han hecho muchas de sus compañeras de oficio. Quiere ahorrar y estudiar para ser piloto. Cree que como modelo *webcam* podría durar cinco años más y retirarse a los veinticinco, una edad en la que la mayoría de los mortales aún no sabe qué hacer con su vida.

—¿Y para qué un televisor tan grande? ¿Ves muchas películas? —le pregunto.

—En realidad no. Lo mantengo prendido para no sentirme sola.

Tania hace parte de las modelos *webcam* más famosas del portal *myfreecams.com*, una página con 1.200 mujeres de todo el mundo que trabajan complaciendo a solitarios que compran su tiempo por minutos a través de una moneda virtual llamada token. Es como ver una película en la que usted le ordena a la protagonista que haga lo que usted desee, de eso trata la ilusión, sin importar que apenas se identifique por un seudónimo desde la intimidad de un cuarto oscuro en Rusia, Japón, España, Sudáfrica, México o Estados Unidos.

Habría que añadir que Tania Ángel ha logrado una audiencia de dos mil vyeristas en una sesión de seis horas. ¿En qué radica su fama? Tiene ojos tiernos, cejas gruesas, labios evasivos, manos impredecibles, senos generosos... Un cuerpo de adolescente que aún demuestra timidez al desnudarse. Su carácter es un fascinante camaleón tallado por una mezcla de dulzura de niña sumisa y de mujer perversa. Su manager, Juan Bustos, dirige en Medellín cuarenta chicas que él mismo preparó para que sean las mejores. Tania es la estrella con todos los récords y se rumora que gana seis mil dólares mensuales.

—Sí, no me gusta la gente triste.

Hace un par de meses Tania Ángel se tatuó en el brazo izquierdo un largo mandala de formas diversas. Ella está feliz con su tatuaje que se ha unido a un paisaje de aves que aletean plácidamente y que salen de una de sus piernas, y a un par de cerecitas pintadas en el lado derecho de su ingle. Cuando está haciendo un show, quienes la aprecian hacen especial énfasis en sus tatuajes, se los admiran.

—Si fuera por mí tendría mi cuerpo cubierto de tatuajes —dice Tania acariciando su perrita.

Pero un año y medio atrás, a Tania Ángel nunca se le hubiera pasado por la cabeza tatuarse, ni tener un perro de un millón y medio de pesos, ni atiborrar un guardarropa con más de cuarenta vestidos, cientos de blusas, veintisiete pares de zapatos y una colección de ropa interior que duplica el resto de sus prendas.

Desde que tiene dinero descubrió su fetiche: la ropa íntima, la lencería con encajes, los ligeros de seda, los cucos de niña rosados, las tangas de finos hilos. Para su trabajo, afirma, esta clase de detalles son importantes, así como la dis-

posición de la cama, los cojines, las sábanas, los velos, las velas, los cuadros y, por supuesto, sus consoladores, a los que les guarda especial cariño.

—Entonces un chico me añadió a Facebook y comenzamos a hablar —recuerda Tania—. Estaba deprimida, me invitó a salir y le dije que sí. Este hombre era Juan Bustos, quizás la persona que más conoce de esta industria en el país. Tiene 31 años, se graduó en Filosofía y Psicoanálisis en la Universidad de Antioquia, y cuando comenzó en el negocio fue su propia modelo. Había contratado a una chica pero siempre llegaba tarde o no llegaba. De modo que cuando había un cliente desesperado en el Messenger Bustos se hacía pasar por ella y entablaba las conversaciones más morbosas que ha tenido hasta hoy. Cuando le pedían que encendiera la cámara, Bustos escribía que era imposible, pues sus padres estaban en casa y temía que la descubrieran. Siempre lo cautivó este mundo, pero solo se decidió a materializarlo cuando escuchó la leyenda del bus fantasma, que corroboraría después con el propio conductor y escapista.

Luego adquirió cuatro computadores, mejoró el acceso a internet y alquiló un lugar que convirtió en estudio. Como en una bola de nieve, el dinero se multiplicaba y nuevas chicas aparecían. Bustos fue recorriendo solo su camino, a punta de ensayos y errores. El primer paso era legalizar su idea. Imposible. Ni en la Dirección de Impuestos ni en la Cámara de Comercio existía (ni existe) un código de identificación para este tipo de iniciativa empresarial. Sin embargo, Bustos descubrió que al sacar su Registro Único Tributario, RUT, podía registrar su negocio como entretenimiento para adultos a través de internet. Entonces *juanax.com*, su primer portal, comenzó a pagar impuestos. Pero los problemas apenas empezaban. A lo largo de los años cuatro bancos colombianos cerraron sus cuentas al notar la cantidad de dinero que entraba temiendo que fueran producto del narcotráfico o algún tipo de extorsión. Así que no quedó más remedio que abrir una en Estados Unidos y pagar el doble de impuestos.

Tania Ángel, por supuesto, también debe pagar, un diez por ciento de lo que gana se va en retención en la fuente. Del restante, su manager saca un quince por ciento. Y aún bajo esa mecánica, Tania puede ganar más que un jugador

de fútbol colombiano. Pero estas ganancias no la tentaron cuando Juan Bustos le propuso que hiciera parte de su selecto grupo de cuarenta chicas. “¿Desnudarse? Imposible”. Pero Bustos le explicó que no solo era eso, le dijo que sería preparada, aprendería trucos de modelaje, de glamur, aprendería inglés porque los clientes son exigentes y muchas veces no buscan que una chica se les desnude, sino hablar. Parecerá absurdo, afirma Juan Bustos, pero muchas de sus modelos suelen ser confidentes de corazones rotos. Increíblemente estos son los hombres que mejor pagan. En últimas, lo que importa es que gasten sus tokens, equivalentes a cinco centavos de dólar. Un hombre con dinero puede comprar mil tokens, es decir 50 USD. Si una chica tiene en línea dos mil usuarios que pagan por minuto un token, las ganancias son exorbitantes. Las chicas trabajan seis días a la semana siete horas diarias.

Desde su cama, Tania Ángel cuenta todo como si fuera una vieja anécdota. Recuerda bien que la primera vez que entró a un estudio de modelos *webcam* sintió pudor y miedo al apreciar chicas desnudas actuando como si estuvieran en un ambiente familiar. No aceptó la primera propuesta de Bustos. Un par de días después, frente a un computador, no tuvo el valor de quitarse la ropa interior: cerró el portátil. Dos semanas más tarde se había mudado a una casa, tenía cuenta bancaria, ropa nueva, cama nueva, cuadros nuevos, tapetes nuevos, una habitación amplia y fresca. Seis meses después se pasó a este apartamento en donde ahora hablamos, donde ahora acaricia a Aisha.

—Las personas que ganan tanto como tú son casi siempre gerentes —le digo.

—En ese caso, yo soy la gerente de mi propia empresa —me responde.

—¿Y cómo vas en el amor? —me arriesgo a preguntarle.

—El amor siempre ha sido un inconveniente. De hecho estuve saliendo con un gerente. Cuando le conté a qué me dedicaba, me dijo que era imposible que nuestra relación pasara a ser algo serio. No podría presentarte a mi familia, me dijo, ¿qué le diría?, ¿que sos puta? [Me das vergüenza!]

La confesión es dura, pero Tania la cuenta de forma tan natural que la hace parecer ajena. Está tranquila, su madre, la persona más importante en su vida, acepta lo que hace.

Es tarde en la noche. Le pido que me muestre sus consoladores. Como si fueran piezas de porcelana, están envueltos en un paño que extiende sobre la cama.

—Son mis armas —escucho que me dice cuando nota mi vacilación por tomar alguno de los cinco.

Levanto una de las herramientas.

—Este está muy grande —le digo, fingiendo estar atónito, y ella me mira como si tuviera la respuesta preparada desde hace años:

—Eres el tercer hombre que me lo hace ver, eso te delata.

Me siento desarmado. Para consolarme, me digo que casi cualquier hombre estaría avergonzado. ☺

—Si no te da vergüenza no veo por qué tengas que renunciar —le dijo—. ¿Estás avergonzada?

—No. Para nada —le replicó Tania al otro lado de la línea—, es solo que...

—Entonces deja que se vayan dando las cosas. De todos modos ya hay más de cien videos tuyos en internet.

La abrumó la cifra. Nunca se le había pasado por la cabeza buscarse en Google. Lo hizo con su seudónimo, Tania Ángel, y la imagen de su rostro apareció entre mujeres desnudas. Hizo una pesquisa a fondo y encontró videos que la presentaban como la lolita que estaba enloqueciendo a los adictos a las modelos *webcam*. Nunca imaginó que sus sesiones fueran colgadas en sitios pornográficos cuando lo que ella hacía era erotismo puro. Sintió miedo, culpa, terror y rabia por algunos días. Pero luego se descubrió inmune, con la libertad absoluta de hacer lo que le viniera en gana sin que nadie la hubiese tocado.

—Entonces supe que mi ambición era más grande que mi vergüenza. Si no mira mi televisor.

El plasma cubre media pared en frente de su cama. Es una de las pertenencias más preciadas de Tania. No le interesa comprar una camioneta como sí lo han hecho muchas de sus compañeras de oficio. Quiere ahorrar y estudiar para ser piloto. Cree que como modelo *webcam* podría durar cinco años más y retirarse a los veinticinco, una edad en la que la mayoría de los mortales aún no sabe qué hacer con su vida.

—¿Y para qué un televisor tan grande? ¿Ves muchas películas? —le pregunto.

—En realidad no. Lo mantengo prendido para no sentirme sola.

Tania hace parte de las modelos *webcam* más famosas del portal *myfreecams.com*, una página con 1.200 mujeres de todo el mundo que trabajan complaciendo a solitarios que compran su tiempo por minutos a través de una moneda virtual llamada token. Es como ver una película en la que usted le ordena a la protagonista que haga lo que usted desee, de eso trata la ilusión, sin importar que apenas se identifique por un seudónimo desde la intimidad de un cuarto oscuro en Rusia, Japón, España, Sudáfrica, México o Estados Unidos.

Habría que añadir que Tania Ángel ha logrado una audiencia de dos mil vyeristas en una sesión de seis horas. ¿En qué radica su fama? Tiene ojos tiernos, cejas gruesas, labios evasivos, manos impredecibles, senos generosos... Un cuerpo de adolescente que aún demuestra timidez al desnudarse. Su carácter es un fascinante camaleón tallado por una mezcla de dulzura de niña sumisa y de mujer perversa. Su manager, Juan Bustos, dirige en Medellín cuarenta chicas que él mismo preparó para que sean las mejores. Tania es la estrella con todos los récords y se rumora que gana seis mil dólares mensuales.

—Sí, no me gusta la gente triste.

Hace un par de meses Tania Ángel se tatuó en el brazo izquierdo un largo mandala de formas diversas. Ella está feliz con su tatuaje que se ha unido a un paisaje de aves que aletean plácidamente y que salen de una de sus piernas, y a un par de cerecitas pintadas en el lado derecho de su ingle. Cuando está haciendo un show, quienes la aprecian hacen especial énfasis en sus tatuajes, se los admiran.

—Si fuera por mí tendría mi cuerpo cubierto de tatuajes —dice Tania acariciando su perrita.

Pero un año y medio atrás, a Tania Ángel nunca se le hubiera pasado por la cabeza tatuarse, ni tener un perro de un millón y medio de pesos, ni atiborrar un guardarropa con más de cuarenta vestidos, cientos de blusas, veintisiete pares de zapatos y una colección de ropa interior que duplica el resto de sus prendas.

Desde que tiene dinero descubrió su fetiche: la ropa íntima, la lencería con encajes, los ligeros de seda, los cucos de niña rosados, las tangas de finos hilos. Para su trabajo, afirma, esta clase de detalles son importantes, así como la dis-

posición de la cama, los cojines, las sábanas, los velos, las velas, los cuadros y, por supuesto, sus consoladores, a los que les guarda especial cariño.

—Entonces un chico me añadió a Facebook y comenzamos a hablar —recuerda Tania—. Estaba deprimida, me invitó a salir y le dije que sí. Este hombre era Juan Bustos, quizás la persona que más conoce de esta industria en el país. Tiene 31 años, se graduó en Filosofía y Psicoanálisis en la Universidad de Antioquia, y cuando comenzó en el negocio fue su propia modelo. Había contratado a una chica pero siempre llegaba tarde o no llegaba. De modo que cuando había un cliente desesperado en el Messenger Bustos se hacía pasar por ella y entablaba las conversaciones más morbosas que ha tenido hasta hoy. Cuando le pedían que encendiera la cámara, Bustos escribía que era imposible, pues sus padres estaban en casa y temía que la descubrieran. Siempre lo cautivó este mundo, pero solo se decidió a materializarlo cuando escuchó la leyenda del bus fantasma, que corroboraría después con el propio conductor y escapista.

Luego adquirió cuatro computadores, mejoró el acceso a internet y alquiló un lugar que convirtió en estudio. Como en una bola de nieve, el dinero se multiplicaba y nuevas chicas aparecían. Bustos fue recorriendo solo su camino, a punta de ensayos y errores. El primer paso era legalizar su idea. Imposible. Ni en la Dirección de Impuestos ni en la Cámara de Comercio existía (ni existe) un código de identificación para este tipo de iniciativa empresarial. Sin embargo, Bustos descubrió que al sacar su Registro Único Tributario, RUT, podía registrar su negocio como entretenimiento para adultos a través de internet. Entonces *juanax.com*, su primer portal, comenzó a pagar impuestos. Pero los problemas apenas empezaban. A lo largo de los años cuatro bancos colombianos cerraron sus cuentas al notar la cantidad de dinero que entraba temiendo que fueran producto del narcotráfico o algún tipo de extorsión. Así que no quedó más remedio que abrir una en Estados Unidos y pagar el doble de impuestos.

Tania Ángel, por supuesto, también debe pagar, un diez por ciento de lo que gana se va en retención en la fuente. Del restante, su manager saca un quince por ciento. Y aún bajo esa mecánica, Tania puede ganar más que un jugador

de fútbol colombiano. Pero estas ganancias no la tentaron cuando Juan Bustos le propuso que hiciera parte de su selecto grupo de cuarenta chicas. “¿Desnudarse? Imposible”. Pero Bustos le explicó que no solo era eso, le dijo que sería preparada, aprendería trucos de modelaje, de glamur, aprendería inglés porque los clientes son exigentes y muchas veces no buscan que una chica se les desnude, sino hablar. Parecerá absurdo, afirma Juan Bustos, pero muchas de sus modelos suelen ser confidentes de corazones rotos. Increíblemente estos son los hombres que mejor pagan. En últimas, lo que importa es que gasten sus tokens, equivalentes a cinco centavos de dólar. Un hombre con dinero puede comprar mil tokens, es decir 50 USD. Si una chica tiene en línea dos mil usuarios que pagan por minuto un token, las ganancias son exorbitantes. Las chicas trabajan seis días a la semana siete horas diarias.

Desde su cama, Tania Ángel cuenta todo como si fuera una vieja anécdota. Recuerda bien que la primera vez que entró a un estudio de modelos *webcam* sintió pudor y miedo al apreciar chicas desnudas actuando como si estuvieran en un ambiente familiar. No aceptó la primera propuesta de Bustos. Un par de días después, frente a un computador, no tuvo el valor de quitarse la ropa interior: cerró el portátil. Dos semanas más tarde se había mudado a una casa, tenía cuenta bancaria, ropa nueva, cama nueva, cuadros nuevos, tapetes nuevos, una habitación amplia y fresca. Seis meses después se pasó a este apartamento en donde ahora hablamos, donde ahora acaricia a Aisha.

—Las personas que ganan tanto como tú son casi siempre gerentes —le digo.

—En ese caso, yo soy la gerente de mi propia empresa —me responde.

—¿Y cómo vas en el amor? —me arriesgo a preguntarle.

—El amor siempre ha sido un inconveniente. De hecho estuve saliendo con un gerente. Cuando le conté a qué me dedicaba, me dijo que era imposible que nuestra relación pasara a ser algo serio. No podría presentarte a mi familia, me dijo, ¿qué le diría?, ¿que sos puta? [Me das vergüenza!]

La confesión es dura, pero Tania la cuenta de forma tan natural que la hace parecer ajena. Está tranquila, su madre, la persona más importante en su vida, acepta lo que hace.

Es tarde en la noche. Le pido que me muestre sus consoladores. Como si fueran piezas de porcelana, están envueltos en un paño que extiende sobre la cama.

—Son mis armas —escucho que me dice cuando nota mi vacilación por tomar alguno de los cinco.

Levanto una de las herramientas.

—Este está muy grande —le digo, fingiendo estar atónito, y ella me mira como si tuviera la respuesta preparada desde hace años:

—Eres el tercer hombre que me lo hace ver, eso te delata.

Me siento desarmado. Para consolarme, me digo que casi cualquier hombre estaría avergonzado. ☺

Crónica finalista del concurso Nuevas Plumas 2015 organizado por la Escuela de Periodismo Portátil y la Universidad de Guadalajara.

El hoyo sin Rafaela

*Qué me dejó tu amor
Mi vida se pregunta*
José Barros



por ANAMARÍA BEDOYA BUILES

Fotografías: Juan Fernando Ospina

Dicen su nombre con el respeto que se le tiene a esos seres célebres de carácter sustancioso, pero pocos, entre los vivos, saben algo de Rafaela. La mencionan, por ejemplo, para explicar que van para el “hoyo” que, aunque muerta 77 años, sigue siendo suyo. Una hondonada al pie de la vertiente montañosa del oriente junto a la quebrada Santa Elena, donde las aguas turbulentas se acercan a una gran boca negra para ocultarse bajo la avenida La Playa.

El hoyo de doña Rafaela; pequeño sector del barrio Sucre, enclavado entre Boston, Buenos Aires, Enciso y Caicedo, atravesado por una calle larga, la 53, a la que dan sombra acacias, guayacanes y almendros. Al final de esa calle, cuando el pie de monte gradualmente se eleva, descuella la casa —la de ella—, encumbrada en un pequeño cerro —fachada blanca hueso con zócalos altos verde oscuro—, expresándose con su centenaria presencia. Moldeada por artesanos del barro que hace más de un siglo, a punta de pisón y sobre un cimientito de piedras, levantaron con tapia y bahareque su casa, su casita, su casona, de la misía Rafaela, que entonces (ocaso del siglo XIX, albor del XX) fue ama y señora de esas tierras.

Todo eran mangas y vacas pastando, todo suyo, fortuna de la que ignoran su procedencia, o eso creen los vecinos más ancianos, descendientes de quienes llegaron a habitar las primeras casas que fueron construyendo al pie de la de ella.

Casas de un solo piso, hechas con la misma milenaria técnica, donde han vivido tres y hasta cuatro generaciones pertenecientes a esa especie de familia antioqueña que acostumbra sacar a la acera los taburetes del comedor y los muebles de la sala. Se sientan a escuchar música, a tomar guaro, a jugar parqués, a fumar, a tintiar, a chismosar, a saludar al que pasa, a mirar de arriba abajo al que pasa, a ver pasar la tarde, a verse las caras.

Cosas que dicen los taxistas: “¿Al hoyo de Rafaela?”. “No señorita, yo por allá no voy”. “¡Pa donde los hinchas del Medellín!”. “¿Oigan, por allá sí dejan dormir?, dízque hacen fiestas y cierran la calle y bailan porro hasta la madrugada”. “Venga, a eso por qué le dicen así, ¿quién es doña Rafaela?”.

Una señora de labios finos y mueca seria, que mira como si la llamaran de lejos, tímida, suspicaz, el lente que captura la imagen de su rostro, a blanco y negro, cuando todavía era

joven y había parido siete hijos con Antonio Orrego Álvarez del Pino.

“¿Quién era doña Rafaela?”. “¡La dueña de todo esto! Ay hija, usted para encontrar alguien que le informe deso... Yo no creo. Es que eso de hace tantos años... Vaya mami suba allá a la quinta, allá donde ella vivió, a ver si alguien le informa. O vaya y pregunte por don Rigo y doña Margarita, que cuando yo vine al barrio ellos ya vivían por acá”, dice Martha, una mujer bajita, el cabello corto con pocas canas, lunares grandes blancos en las manos. Vive hace cuarenta años en el barrio, y acá crió a sus hijos y ahora ve crecer a sus nietos.

“Rigo está dormido”, explica doña Margarita tras la reja de su casa. “¿Para qué sería?”, amable y hacendosa, viste una falda larga que apenas deja ver su pies gordos embutidos en mocasines negros (la cuadra está tranquila, pasa poco tráfico, en la acera del frente, mirando para un tercer piso, una niña en chores de jean grita sucesivamente: ¡Abuela!). La casa de Margarita, por la que su papá pagó 4.600 pesos cuando era de tapia, queda en una callejuela a la que llaman El Talego, vía ciega conectada con un pequeño camino peatonal para salir a La Toma.

“Yo llegué por aquí cuando tenía siete años, vinimos de Santuario, todo eran mangas y mangas. La verdad yo no sé nada de Rafaela. Dicen que ella era dízque la dueña de todo eso. De pronto alguna persona que viva por allá arriba le dice más, una persona que esté muy vieja”.

Vieja, más vieja que ella y su marido que en las tardes se va a leer al pequeño parque que hay frente a su casa: una placa de cemento donde cada tanto se reúnen los vecinos y celebran bingos, donde se juntan religiosamente los hinchas del DIM a ver fútbol en pantalla gigante, donde en épocas electorales ciertos candidatos al concejo rifan anechas que ganan los que recuerdan qué número deben marcar en el tarjetón, donde se arman tremendas parrandas sin aviso previo, con baffles que tronan música parrandera, que no se apagará hasta el amanecer, y donde siempre, en las tardes, sentados alrededor de una mesa de concreto que hay en toda la esquina, el mismo parche de viejos cincuentones se instala a jugar ajedrez o cartas, a tomar aguardiente —que no siempre es aguardiente—, a leer libros, periódicos, revistas, a comentar lo que dicen las noticias. Viejos que son carpinteros, cerrajeros, zapateros, mecánicos y, a veces también, viejas, amas de casa... vecinos de toda la vida.



Doña Rafaela Moreno de Orrego.

Rafaela era una señora con mucha plata —generosa redentora, filántropa sin biografía—, dicen, en resumen, aunque ni ellos ni sus padres la conocieron, que fue lotiando las mangas, que supuestamente regaló varias, cuando no las vendía por pocos pesos, a esos pobres campesinos llegados de lejos y que en un parpadeo poblaban la ladera.

Uno de esos beneficiados vive diagonal a la quinta, como también le dicen a la casa de Rafaela. Fue el abuelo de Fernando, zapatero, el primer propietario en las tierras de la dueña. Parado bajo el marco de la puerta de su casa, el rostro cóncavo lo hace ver todavía más alto, dice que donde ahora hay un peladero de tierra amarilla había un árbol de mango al que él, cuando era un niño, le tiraba piedras. Eso sucedió hace setenta años. Y que él bebía agua pura de la quebrada Santa Elena, pescaba sabaletas, y la casa —la de ella— estaba rodeada de estacones blancos.

Desdobra un viejo manuscrito de fina caligrafía, la punta superior derecha comida por cucarachas, en el que se lee claro que doña Rafaela Moreno de Orrego le vendió esta casa a su abuelo, excombatiente de la guerra de los Mil Días, por 1.600 pesos. ¡Mil seiscientos que no tenía! Le propuso a un amigo comprarla juntos, luego echaron un muro a lo largo por la mitad de la casa, para que cada uno tuviera su parte. Fernando vuelve a entrar, perdiéndose tras una cortina, y regresa con un cuadro grande, acolchonado, lleno de recortes de periódicos pegados con Colbón. Es su vieja colección de noticias, la mayoría sobre las promesas del viagra, los efectos nocivos de la yerba, las propiedades curativas de ciertos frutos.

Advierte, sin embargo, que no sabe, que no recuerda nada de Rafaela. “Acá tengo una leyenda de cuando le celebraron los cien años a la casa, esto lo publicó *El Colombiano*, si quiere le saca una

copia. Pero el que le puede dar razón de eso es John Jairo Mesa, él organizó esa fiesta”. La media página del periódico, del 2 de julio del 98, describe, como citando una enciclopedia, que Rafaela era “[...] mujer muy amable, poseedora de gran riqueza, que tenía entre sus propiedades aquellas casitas de bahareque que formarían el actual barrio”.

Dos fotos encabezan la escueta nota, una con un retrato de la susodicha y la otra donde están dos de sus hijas: posan sosteniendo un perrito, recostadas contra una piedra, el pelo corto hasta las orejas cubiertas por los bucles negros. Al fondo se ven la calle polvorienta, una hilera de casas de un solo piso entre la que se distingue la casa de Fernando, la de su abuelo, y atrás, por encima de los tejados cocidos a fuego vivo, las montañas.

De este lado de la calle, donde retrataron a las señoritas Orrego, queda la casa de la Mesa, familia que llegó al barrio hace un poco más de cien años. A la casa original —solariega, amplia y larga— le echaron segundo piso, y al fondo, en el mezanine, John Jairo tiene su taller de carpintería, que, como una ramificación genealógica, se conecta con un pequeño apartamento de dos pisos que él mismo construyó.

Es un señor enérgico, bigote lustroso, negros ojos; se hizo popular por incursionar, hace veinte años, en el negocio de las salchipapas. Entre hervores de aceite escuchó a un político borracho decir que iba a hacer no sé qué por el barrio, cháchara que le fue fastidiando al punto de que un día decidió hacer lo que el otro jamás hizo. Y organizó aquella memorable fiesta para celebrar los cien años del barrio, porque cien es un número importante, rotundo. Aunque según unas viejas escrituras eran 115 los que en realidad cumplían.

“Cuando celebramos eso el barrio tenía ciento quince años, pero ciento quince suena muy maluco, entonces dijimos, vamos a celebrar los cien años. Se hizo bingo y otras actividades para recoger plata. Y organizamos la quinta, estaba caída. Hicimos unos pasamanos y la pintamos. En la calle pusimos una tarima, contratamos mariachis, conjunto de música popular, hubo fiesta para los niños, competencia de patinaje, reinado infantil de belleza. La fiesta duró tres días: sábado, domingo y lunes festivo”.

Para el aniversario, celebrado en junio de 1998, John Jairo trató de indagar quién era Rafaela. Miriam, una amiga suya, familiar lejana de Rafaela, le pasó las pocas fotos que tenía de ella, que él luego le prestó al reportero,

y que las fotos, se queja, nunca volvieron. Miriam sí sabía, comenta, pero Miriam murió hace dos años, llevándose a la tumba la historia de una mujer notable que vivió en un siglo donde las mujeres permanecían confinadas en sus casas, creyendo que sus sueños eran fábulas que se hacían polvo en la máquina de coser, en la cocina, en el lavadero.

Y entonces, junto al difunto Gerardo Zapata, padre de los actuales dueños, remodeló la quinta, sostenida con pilastras de comino crespo que John Jairo peló para pintar de verde. Lo que sí sabe con certeza es que allí, antes de pasar a ser casa de alquiler para distintas familias, hubo una escuela, la Manuel Caicedo. Ahí estudiaron sus tías, cuenta, y una de ellas, Dioselina, noventa años muy lúcidos, está abajo, en el primer piso, bordando trapitos en una antigua Singer.

La mirada aguda y clara, las manos hábiles guiando retazos bajo la aguja. Una menuda y candorosa anciana, recogida en un vestido con pechera. Dioselina flor de la ternura.

—Ella te quiere preguntar de cuando fue escuela la quinta —le explica John Jairo, como si le hablara a una niña a la que se le presenta un extraño. —Yo estudiaba en la escuela. Allí hice primero y segundo.

—¿Cómo era el estudio allá? —continúa su sobrino.

—Allá éramos señoritas... Teníamos que estudiar todos los días. Éramos chiquitas, nos vendían un frasquito de leche así chiquitico con una arepita.

—Tía, ¿y quién era doña Rafaela?

—¡Ay, yo ni la conocí! Ya vieja fue que me contaron que doña Rafaela era muy bonita y que ahí vivió y que no sé qué, pero yo no tengo idea de cómo era ella. ¿Vos no la tenés pues retratada?

Las fotografías no hablan, tía Dioselina, por más vivaces que sean los ojos del retrato, no se sabrá por qué Rafaela, convertida en una piadosa abuela, tiene los labios prietos en una mueca exhausta. No dirá nada sobre quienes fueron sus padres, no explicará de dónde tanta fortuna, seguirá la duda sobre si fue a la escuela, no contará si amamantó a sus hijos, si crió a sus nietos; se mantendrá muda aunque en su boca se perciba un leve temblor. No responderá en qué año abandonó El hoyo de Rafaela.

Si los muros hablaran —los la casa de ella—; devuelven, a cambio, un silencio de barro. Muros de tierra y mierda de muchas bestias. Firmes, acústicos, sismorresistentes. Ahora, entre sus muros, una carpintería, que los cubre de aserrín

y polvo. Las amplias habitaciones perfumadas con olores de bosque húmedo, madera fresca, madera marchita, barnices, resinas, tabacos rubios de distintas marcas. Y los agudos ruidos de las máquinas con sus discos dentados contra los troncos, el seseo de los cepillos, la viruta en el suelo, el piss de las pistolas que pintan el pino de caoba, los sonidos se diluyen en el ruidoso fondo musical de Radio Cristal.

En el solar reina el zarzal y la maraña, siguen en pie un árbol de mango y un naranjo, entre su raíces hay una cruz de piedra, desenterrada y vuelta a enterrar por quienes cavaron soñando con guacas. Árboles que Gerardo Zapata, hijo, trepó tantas veces, encontrándose de frente con las zarigüeyas, que también iban por el fruto pero terminaban huyendo de su azote de piedras. Ahí mismo, cuenta, su difunta abuela Lola, quien le compró la casa a un hijo de Rafaela, veía salir un bulto blanco, aunque Guillermo, el hermano de Gerardo y actual dueño de la casa, cree que era negro.

La casa es custodiada por María Auxiliadora, metida en una caseta de cemento con escaleras de granito, que recibe más humo de marihuana que sahumero. Casa por la que mafiosos ochenteros, que llegaban en carros de lujo, hicieron tentadoras ofertas. Y hasta las constructoras les han dicho “que pa hacer un edificio, que dos torres cabrían, dos torres modernas y altas”. “Esa es la cosa, que le da a uno como pesar venderla. El asunto es que yo no sé si ponen problema pa tumbarla, si eso es patrimonio o qué, pero si no dejan construir, entonces que la restauren siquiera”. “Donde la restauren, mejor dicho, una belleza”.

Los dos hermanos dicen que no saben nada de Rafaela, pero recuerdan: la abuela Lola asando arepas en el fogón de leña; los baños de agua fría en el baño del patio a las dos de la mañana; los gamines que dormían en el zaguán y que a veces se levantaban en medio de la noche diciendo que escuchaban como si alguien arrastrara una cadena; las fiestas decembrinas y aquel junio del 98, el cumpleaños de la quinta, en el que vieron a su padre pintar por última vez los muros de la casa. Lo recuerdan vestido con pantalón blanco y sombrero negro, bajándose de la escalera con la brocha en la mano, cantando como si el pecho le doliera, el coro de un pasillo colombiano: “Qué me dejó tu amor / mi vida se pregunta / Y el corazón responde / pesares / pesares”. ©



Las viejas escrituras registran que hace cien años el sector se denominaba Campo Alegre, dato que pocos recuerdan, y aunque intentaron quitarse la *chapa* del “hoyo” con una placa, hoyo es y hoyo se queda.



Llegar con un puntaje desde los potreros del norte.
Traer una beca y una historia desde los Llanos del Cuivá.
La carretera como escenario de las tragedias y los sueños.
Un punto rojo en la carretera. El colegio de pueblo es
un cedazo muy fino, “Ser pilo paga” dicen los anuncios
de prensa. Un perro guía el camino hasta la escuela
veterinaria. La ciudad muestra sus dientes.
Relato de un primiparo.

por GERARDO VÁSQUEZ

Ilustración: Cachorro

Soy hijo de Lucía y Albeiro, dos campesinos aguerridos oriundos de las montañas de Yarumal. Desde pequeño y siendo el único hijo varón ayudé a mi papá en las decenas de fincas en las cuales hemos estado. El contacto con el campo ha sido mi vida, lo que más he amado, por eso desde muy niño tuve la fortuna de saber qué era lo que verdaderamente me gustaba: satisfacer las necesidades de la gente del campo, engrandecer sus vidas. Cuando cursaba último grado estaba indeciso sobre qué carrera escoger. Mi espíritu se inclina a ayudar a quien lo necesite, a salvar vidas, por lo cual la medicina se cruzó en mi camino para darme una gran lección.

Resulta que un día me encontré de frente con la muerte mientras viajaba en un bus de vuelta a casa. El conductor arrolló a un motociclista que cruzaba con su pequeño hijo. Se podrán imaginar el lago de sangre que se formó cuando una de las latas del bus se incrustó en la pierna del pequeño. Parecía que las cosas no podían empeorar, pero un momento después se soltó un gran derrumbe que trancó el paso del cuerpo de emergencias desde Santa Rosa. A pesar de que la vía a Entreríos estaba totalmente despejada, este municipio no tenía ambulancias ni equipo de emergencias disponible en el momento. La ayuda tardaría por lo menos una hora y las heridas no daban espera. Puedo recordar que un perro, un dálmata, poco habitual en la zona, lamía las heridas del niño mientras su padre daba un último suspiro con una mirada realmente perturbadora. El desorden fue total, y decenas de personas en vez de ayudar comenzaron a grabar con sus teléfonos. La pierna del chico cada vez sangraba más y también lo hacía su brazo izquierdo que parecía estar partido en varias partes. No sé si fue por instinto, por piedad o por simple terror, pero caminé hacia él y ante los gritos que me decían: “No lo toque”, “déjelo quieto”, “hay que esperar la ambulancia”, le quité el pantalón que tenía puesto y dejé al descubierto los hematomas que comenzaban a aparecer. Recuerdo que uno de los hombres me apartó con furia, pero yo regresé. Me quité la chaqueta del uniforme del colegio, la rasgué y le hice un torniquete en la pierna y otro en el brazo. La hemorragia se detuvo. Al ver el resultado más personas se acercaron a ayudar y juntos estabilizamos el cuello y lo subimos a un auto particular para llevarlo al hospital de Entreríos. Desde luego el aplauso no se hizo esperar. Me quedé en el sitio mirando al hombre, pero ya estaba

muerto, no había nada que hacer. Me impactó el animal, el dálmata, que seguía en el sitio al lado del hombre, lamiendo su rostro, lamiendo la sangre que cubría uno de sus brazos. Pronto llegó una mujer con botas de caucho y una gorra de una empresa de fertilizantes, se desplomó al ver el horror. Era su esposa. Gritaba pidiendo explicaciones por su hijo, y al verla desesperada un hombre se ofreció a llevarla en su motocicleta al hospital. Partieron, ella como parrillera con el perro en sus piernas. Esa imagen jamás se borrará de mi memoria. Llegué a mi casa un poco aturdido y manchado de sangre. Mi familia se alarmó, pero al no ver ninguna herida, y luego de que un vecino les contara todo, dejaron que descansara.

Un par de meses después recibí una visita inesperada. El niño y su madre tocaban a la puerta de mi casa. Mi alegría fue inmensa, lo último que sabía del niño era que había sido trasladado a Medellín con un pronóstico reservado, pero ahí estaba. Su madre lo sostenía del hombro, pues le habían amputado la pierna y para mi sorpresa el perro estaba con él, siguiéndolo. Su madre me contó que el niño había sufrido un cuadro de anemia muy fuerte, además de otras complicaciones que por poco le cuestan la vida. Ambos lloraron al recordar tan duros momentos. Luego comenzaron a mostrarme fotografías del hospital, la familia con carteles de ánimo, incluso un pastel de cumpleaños, el perro siempre a su lado, en cada situación, mirándolo muy de cerca, y me pudo la curiosidad. Les pregunté por el dálmata. Me dijeron que lo habían rescatado de un maltratador y en prueba de agradecimiento se quedó con ellos. De hecho su madre me relató, con gran orgullo y melancolía, cómo en cada terapia su hijo pedía que el dálmata se quedara con él, y el perro jamás se separaba, no importaba que al personal de la clínica se le olvidase que no había comido, que llevara días sin un baño, él seguía sin dejar que nadie más que el niño lo tocara. No querían separarse. El chico lloraba cada vez que amenazaban con apartarlo y podía pasar horas hablándole, como esperando una respuesta. Luego su madre me dijo algo que jamás olvidaré: “Si no hubiese sido por ese perro, mi chiquito no hubiera soportado perder su piernita”. Entonces la percepción de la vida que yo tenía cambió de inmediato. ¿El perro? ¿Por qué el perro? Me tomó un par de días comprenderlo. Pude haber estudiado medicina humana, y sí que tenía una buena excusa, gracias a mí

se disminuyó la pérdida de sangre de un niño y por ello se evitó su muerte, pero no, había algo más grande y más sencillo a la vez. El hecho de que hay una fuerza superior capaz de salvar vidas —no menosprecio en ningún momento la acción de los médicos—, pero que un animal haya sido capaz de darle las fuerzas de afrontar un siniestro como el que había sucedido, eso me pareció heroico, grandioso. Ese día comprendí que los animales son más que un cuerpo que según muchos “no piensa”. Ese día tuve la fortuna de acabar con mis dudas. Me di cuenta de que mi razón de vida, mi motivo en el mundo, era salvar sus vidas, retribuir un poco de su silenciosa magia, saber qué los impulsa a hacer de este mundo egoísta un lugar mejor: fue un animal quien me enseñó el verdadero valor de la vida, por eso me dedicaré a ellos, pensé.



Lamer las heridas

cuando estaba en cuarto grado, decidí que sería el mejor estudiante del colegio, y lo logré. Justo ese año, cuando aún se cobraba la matrícula en colegios públicos, fui becado y recibí una bonificación para comprar los libros. Al año siguiente sucedió lo mismo y fue un orgullo y un alivio para mis padres. Cuando pasé a secundaria sufrí muchos cambios, nos mudamos, llegué a vivir a un nuevo ambiente y, aunque seguía en el mismo colegio, el acomodo hizo que por primera vez en mucho tiempo no fuera el mejor de la clase. Llegó un momento al final de sexto grado que me detuve a pensar si era aquello lo que yo quería el resto del bachillerato. La respuesta fue no y decidí retomar el control de mi vida. De nuevo, con mis padres como inspiración, regresé al primer puesto y desde entonces no dejé de ocupar ese lugar hasta que me gradué.

En medio de todo aquello me propuse sacar el mejor resultado posible en las Pruebas Saber. Pero en los simulacros mis resultados no reflejaban el esfuerzo. Resulta que yo estudiaba con el hijo del rector del colegio y era él quien sacaba los mejores resultados, él era muy inteligente, pilo como diría mi papá, así que ocho días antes del examen me dijo: “¿Qué creía Eladio, que sacando menciones de honor y buenas notas iba a poder con el Icfes?”. Se burlaba de mí y seguía hablando: “¿Las buenas calificaciones nunca lo van a hacer llegar a una universidad?”. Más que enfurecerme todo eso me dio ánimos para el día de la prueba. Le supliqué a Dios el día antes que mi esfuerzo se viera reflejado, al fin de cuentas yo no quería ser el mejor, no quería superarlo, quería superarme y tener la posibilidad de una beca para una buena universidad. Al día siguiente, cada minuto durante el examen pensaba que ese día definiría mi vida para siempre. Mi futuro estaba entre ponerme a ordeñar o estudiar para ser un profesional, y no es que ordeñar fuese malo, con ello mi papá nos daba de comer, pero soñaba con darle una casa, una mejor vida donde no tuvieran que sufrir más. Esperé ansioso los resultados. Unos días antes de que salieran, el presidente de Colombia anunció con bombos y platillos el programa Ser Pilo Paga, una revolución educativa, según sus palabras. De inmediato fui a internet a ver las bases, “más de 310 en el Global”, fue lo único que se me grabó. El día esperado llegó pero los resultados no salían y el sueño me venció.

Al día siguiente, cuando ingresé al salón, vi que todos felicitaban al hijo del rector por el resultado en el papel que le entregaban a cada alumno de forma individual, hasta el momento era el mejor. Fui a recibir el mío con esperanza y vaya sorpresa cuando veo el puesto en el que había quedado: el mejor de la clase, dos puestos mejor ubicado que el hijo del rector. Pero lo que me importaba era el puntaje y mi mente repetía una y otra vez: “más de 310”. Gracias a Dios lo había superado de sobra. ¿Pueden imaginarse lo que fue para un campesino que no hablaba

muy bien, que sus mejores amigos eran un par de vacas viejas, la posibilidad de irse a la ciudad a estudiar? Eso fue hermoso. Empecé a buscar como loco una universidad y me topé con el CES, hice los trámites y comencé a estudiar yendo y volviendo hasta mi casa en Yarumal. Pero la plata de los pasajes y mis posibilidades de viajar más de setenta kilómetros diarios para buscar mis sueños fueron disminuyendo. Me retiré de la universidad, sentía que había fracasado, que nada había valido la pena y entré en depresión. El apoyo de mi familia fue lo único que logré recomponerme, las palabras de mi madre diciéndome: “No importa hijo, Dios sabe hacer sus cosas y el motivo de ellas”. Ahí estaba yo, de nuevo sin nada.

Meses después recibí una llamada del coordinador de mi colegio: “El decano quiere hablar contigo”. ¿El decano? Fue algo muy extraño, ¿por qué alguien tan importante quería verme? Pero esa no fue la sorpresa, la sorpresa fue que la cita era en mi colegio, en Santa Rosa de Osos. Además, no llegaría solo, vendría con la coordinadora de primeros semestres, la directora de Bienestar Universitario y dos trabajadoras sociales. Ellos habían viajado desde Medellín para darme todo el apoyo para volver a mis estudios. No podía creerlo. Todos y cada uno de ellos habían apostado por mí. No sé qué los motivó, el hecho es que estaban allí con mis papás y conmigo, y créanme, esa ha sido la cosa más grande que alguien ha hecho por mí.

Hace unos días leía un libro de un escritor estadounidense muy reconocido, en él vi una frase que recordé cuando regresé a la universidad con decenas de beneficios: “Apostar por alguien, querido amigo, es apostar por una vida mejor”. Ellos apostaron por mí y eso cambió mi vida.

El tercer y último asunto que quiero comentarles tiene que ver con la guerra y las pérdidas necesarias para empezar de nuevo. Ya instalado de nuevo, viviendo en Bello, una amenaza forzó mi segundo retiro del CES. Para muchos mi nueva salida de la universidad significaba un fracaso. Es entendible, tantos beneficios, todas las garantías posibles, un puesto en una de las mejores facultades de veterinaria del país, ¿no es muy injusto que tanto esfuerzo se tire por la borda? Es necesario explicar mi razón, no me justifico, solo es mi razón. Resulta que cuando yo tenía catorce años vivíamos en una finca muy alejada. La guerrilla mandaba todo, no se movía un alfiler si ellos no lo decidían. Era angustiante vivir allá. Yo tenía un buen amigo, Javier, alguien que consideraba mi hermano. Él tenía diecinueve años y la responsabilidad de sacar adelante a su familia. Se levantaba temprano, se acostaba tarde y su empeño era infinito. En un año logró pagar la hipoteca de la finca con la que le costearon el tratamiento a su padre, que murió luego de que el cáncer lo consumiera por completo. Siguió trabajando con el mismo empeño. En esa época, durante las vacaciones

del colegio, mientras mis padres laboraban, yo le colaboraba en las labores de la finca: ordeñar, vacunar, arar... y en la noche veíamos una serie que nos gustaba mucho, éramos como hermanos.

De pronto se desató una tremenda crisis en el país. La guerrilla intensificó sus ataques y todo se volvió muy peligroso. Por ese entonces la vida en el campo se detenía a eso de las cinco de la tarde. Comenzaron a extorsionarnos. Por fortuna o por desgracia, mi padre no era el dueño de la finca, así que solo le decía al dueño sobre la cuota semanal: veinte mil pesos y él, como quitándole un pelo a un gato, se los daba y todo normal, nunca hubo un conflicto con ellos; sin embargo, un día Javier decidió no pagar más, decía que se esforzaba mucho para que un montón de delincuentes se lo llevaran todo gratis, y tenía toda la razón. El pago se hacía los viernes, a veces los sábados y él ya estaba "atrasado" en tres cuotas. Una tarde, mientras terminábamos el ordeño, llegaron dos hombres armados a tomar agua y a decirle que a su "jefe" no le gustaba nada su rebeldía, y que si no pagaba tendría que irse de inmediato. Pero él, obstinado, siguió como si nada, sin pagar un peso y sin decirle nada a nadie. Me pidió discreción sobre su determinación. Volvieron y me dijeron que le dijera que tenía dos días para irse... Entre tanto trabajo y la indiferencia de Javier frente al asunto, olvidé decirselo. Pasaron un par de días y, al ver que Javier no se iba, lo llamaron de nuevo. Esta vez estábamos juntos en el ordeñadero y nos condujeron hasta un lugar alejado donde había un pequeño bosque, "para hablar", según ellos. El pedía a gritos que me dejaran ir, que yo no tenía nada que ver, pero ellos continuaron su camino. Lo ataron con una soga y lo obligaron a arrodillarse, lo golpearon, le reclamaron por no cumplir "las órdenes". Cuando habían pasado algunos minutos me entregaron un fusil, no pensé que fuera tan pesado y lo dejé caer, ellos se burlaban mientras Javier me decía que corría. Me quedé paralizado, sin saber qué hacer, pero ellos sí sabían lo que yo iba a hacer. Me dijeron "apriete aquí", yo estaba pequeño pero no era tonto para no saber que ese era el gatillo. Me rehusé y me puse a gritar, a llorar, así que me golpearon en el rostro como muestra de su maldita "superioridad". Podrán imaginarse qué pasó con Javier. No sé cuánto tiempo me quedé allí mirándolo desangrarse por

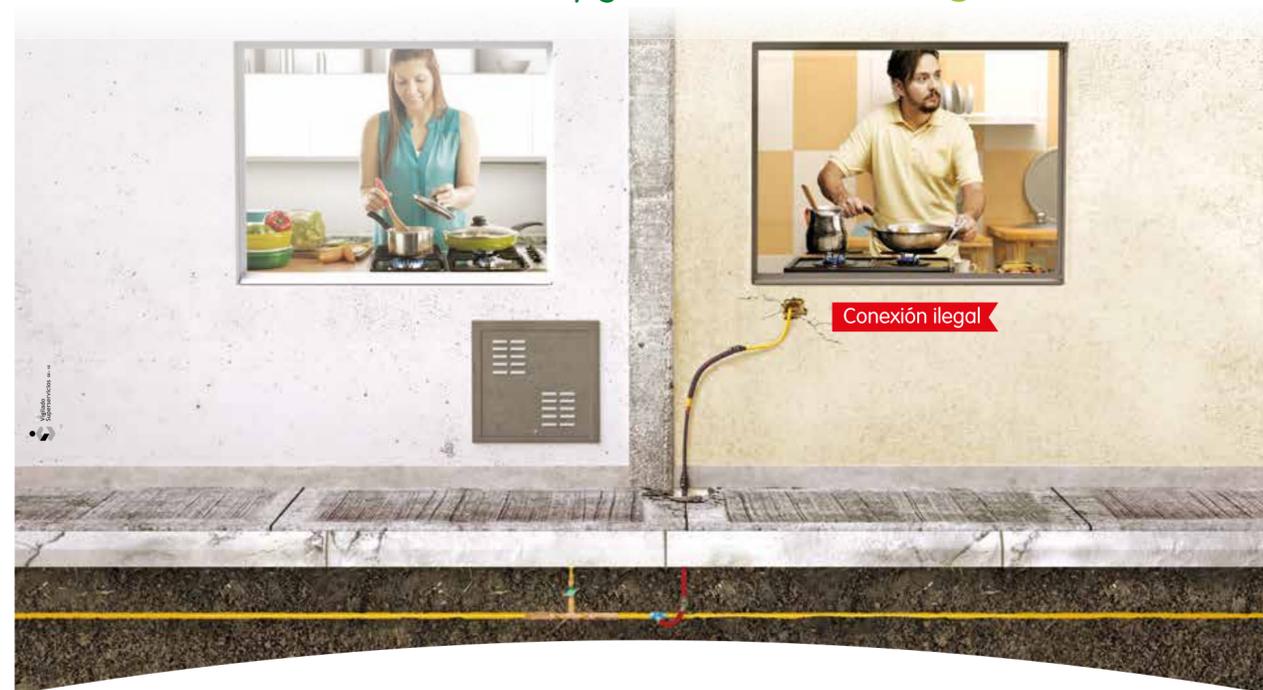
una herida en la cabeza, sin poder hacer nada. Cuando llegó la noche reaccioné y regresé a mi casa, no podía hablar. Todos estaban comentando la desaparición de Javier y el único que sabía algo era yo. Señalé el pequeño bosque. La culpa me invadió, yo era el responsable del recado que pudo salvar su vida, pero no lo hice, me sentí miserable cuando todos se dieron cuenta de que yo lo sabía. Después su madre me dijo que me odiaba por mi negligencia. Su finca, avaluada en unos sesenta millones, la compró la guerrilla en tres. Ella se conformó y huyó, nunca volví a verla.

¿Pero por qué cuento esto? ¿Qué tiene que ver toda esta historia con mi salida de la U? El día en que recibí la primera amenaza en Niquí todos los recuerdos volvieron a mi mente. Es algo que no he superado y que me ha dejado una gran cicatriz. Tuve mucho miedo, quizás no tanto por mí como por mi madre, temía que ella culpara a alguien por lo que podría sucederme, temía ver la tristeza de la madre de Javier en el rostro de mi mamá. Podrán imaginarse el terror que sentí al escuchar las palabras de aquel tipo diciéndome: "Si no va a colaborar, no lo quiero volver a ver". De nuevo la guerra se interponía en mi camino, todo volvió a mi mente, ha sido uno de los episodios más fuertes que he vivido.

No fue un capricho mío salir de la universidad, no saben cuánto extraño cada minuto que estuve allí. Recuerdo que el día en que fui a la universidad a contar mis nuevos problemas y mi miedo, me dijeron que era cuestión de adaptarme; pero no, no era eso, he aprendido que uno jamás debe adaptarse a la guerra, jamás. Quizás huir tampoco fue una buena opción, pero mis terrores de niño me atormentaban. Yo no quería ser negligente de nuevo. Espero que esto sea comprensible. Las cosas no han sido fáciles, pero estoy dispuesto a empezar de nuevo, fui admitido en las cuatro universidades a las que me presenté, elegí veterinaria de nuevo. Será difícil empezar de nuevo. Lo económico es un tema pesado, la distancia será el gran obstáculo pero no temo por ello. Recuerdo una frase que me dijo un maestro en el colegio: "Entre la locura, los errores y las caídas se encuentra la perfección, pues qué aburrido sería el mundo si no cayéramos nunca". Haber visto aquel perro dándome una lección de vida, encontrar a personas maravillosas en mi camino, regresar a mis miedos, eso me hace más fuerte, más real. ©



Detrás de tus servicios hay gente conectada ilegalmente



No reportar a las personas que clandestinamente se conectan a los servicios públicos, es como dejar que todos paguemos por ellos.

Denúncialos en la línea 44 44 115 • La información será confidencial



Bancolombia te invita a una experiencia de reconexión

LA TRAVESÍA DEL ALMA

12 oct. 6:30 pm
miércoles

Museo de Arte Moderno de Medellín
Plazoleta Expansión
CONCIERTO GRATUITO

Cartografía de liebres

por FELIPE CHICA JIMÉNEZ

Fotografía por el autor

Antes de que comenzara a llover había pasado por la casa de su novia a recoger el fierro o el coroto como él le decía, pero paila, nadie abrió. Intentó entrar por la ventana. Estaba trancada con un madero, si subía por el techo hacia el patio los perros lo delatarían y sería peor. Pensó en cuántos había cogido quietos, indefensos, desesperados, y aun así les había enterrado el cuchillo con una ira que ni sabía de dónde, pero paila, la liebre es la liebre y toca darle donde sea. Cuando cumplió los veinte sintió algo así como un atisbo de adultez y se creyó maduro, pensó que ya era hora de pararse como un hombre y no darle por la espalda a esos traídos. En el fondo ni recordaba por qué sus hermanos le habían enseñado a decirles así a los muchachos de los otros barrios, en fin, así son las cosas.

Llovía y eran las tres de la tarde, las gotas eran finas, casi imperceptibles al contacto con la piel; el aire estaba helado y el viento hacía retorcer los techos de lata de modo que sonaban como pequeños truenos. La distancia para llegar a su casa era de cuatro vecindarios, unos ochocientos metros para ser exactos, pero se sentía infinitamente lejos, su mundo se había hecho infinitamente pequeño. Las liebres estaban en todos lados. Los hijos del dueño del parqueadero de donde sus hermanos se robaron el baúl lleno de herramientas. “Los carebaúl”, gritaba él y se reía como un desquiciado cada vez que pasaba frente a la entrada de ese lugar acompañado de sus hermanos, pero paila, ya no tenía hermanos y ya no le daba risa pasar por ahí solo, de modo que tenía que pasar de rapidez. También estaban los primos de Tilico, el muchacho que había matado dizque por lámpara cuando se lo encontró en un café internet y salieron al ruedo los dos. Estaban todos, ese día les dio por salir a cada uno por su lado a patrullar en su respectivo pedazo de barrio, tal como hacen todos los días, entregados a un presente continuo que

solo se interrumpe cuando salen a la ciudad a hacer vueltas. Ahí estaban, parados en las esquinas o metidos en las tiendas esperando la llegada de algún extraviado para robarle hasta la conciencia y luego salir a tomar chicha al Centro y después subir al cerro a fumar porro y sentarse a ver la ciudad con los socios y reírse de las pendejadas de la vida.

Pero a él no le gustaban esas maricadas de amiguitos, era solitario, valiente. Cuando entendié que no podría entrar a la casa de su novia y tendría que llegar hasta su casa sin nada con qué defenderse, se armó de valor y pensó que por algo había llegado vivo hasta los veinte con solo un par de cicatrices. Entonces el desespero que se le había instalado en los huesos se secó, su sombra se hizo más oscura, su cuerpo estaba atento como una liebre que al salir a comer se expone a los depredadores, aunque él no era nada débil y sus hermanos lo habían adiestrado en la defensa personal. En las mañanas lo llevaban al patio y con cuchillo en mano se entregaban a un combate coreográfico, una especie de baile mortal que si no fuera por el brillo de los cuchillos y el contexto de miseria podría ser un deporte marcial. En últimas era una nostalgia dolorosa la que sentía al verse solo, como un enamorado al que el mundo se le ha hecho gris. Por ahí andaban los Memes, dos indígenas aferrados al rigor de la ciudad; el Estiven, que se vestía mejor que él y por eso le robó una chaqueta que luego vendió en cuarenta mil lucas con las que invitó a la novia a comer lechona y tomar cerveza en el Restrepo; estaban los dos barristas del Millonarios a los que arrumó en una esquina solo para demostrar que él era el más bandido de los bandidos; pero ese día él, el más valiente de los valientes estaba asustado. Quizá el que más le preocupaba en ese momento era el Maicol, al que le robó la mujer. La misma que no abría la puerta quien sabe por qué putas. A lo mejor estaba ofendida por el golpe que le había dado el día anterior.

Bien saben los que caminan el páramo que las liebres saltan de la nada, corren de un arbusto para ocultarse en otro. Él tenía liebres por todos lados y su mamá lo sabía, pero ya no le importaba. Para comprar el pan que le gustaba bajaba en cicla hasta la esquina donde siempre había un niño que le hacía el mandado por quinientos pesos. Cuando tenía que salir al Centro de la ciudad a comer fechorías, atravesaba el bosque de eucalipto, detrás de su casa, y se iba por el borde del monte donde se acaba la ciudad, por un desvío llegaba a otro barrio donde sí tenía un socio firme con el que bajaban en moto a azotar las calles.

Era 25 de diciembre y los ánimos estaban caldeados en toda la ciudad. Insisto, ese día estaban todos por ahí, él los olía, con su coroto podía rostizar al que se le atravesara, pero paila, la puerta no se abrió. En su cuarto tenía un dibujo hecho en un pedazo de cartulina. Era su cartografía de las liebres, los lugares por donde no podía pasar. Esa mañana, como todas, repasó sus fronteras y pensó que todo estaría bien, pero paila, no contaba con que era diciembre y en diciembre la gente se anima a hacer cosas y en el barrio la realidad es una sola. Dicen los que vieron, que Maicol salía de la tienda de comprar cerveza cuando se lo encontró de frente. Sus caras se pusieron pálidas al acto, cuando él vio a Maicol lo único que se lo ocurrió fue decir: “Lo puse a perder”, picó el ojo y soltó una carcajada ficticia, inolvidable. Dicen los que vieron que su risa era tan confusa que daba lástima, un orgullo famélico envuelto por un remolino de físico miedo. Cuando sonó el disparo el lugar quedó hecho un desierto, ni las palomas salieron a la calle. Maicol salió corriendo con la garganta saturada de algo que no lo dejaba respirar, lloraba como un niño que no conoce más que un pedazo de ciudad mugriento, pobre y frío, pero paila, así son las cosas. ☹



ESO SOMOS

por SERGIO VALENCIA

Fotografías: Juan Fernando Ospina



“Si me insultan, les respondo”, deja muy claro Álvaro Rodas, veterano vendedor de calle con más de veintitrés años de pregonar entre el gentío del Centro de Medellín.

No lo irrita ni el solazo que tiene que aguantar, ni el humo y el ruido que lo mantienen enfermo; ni siquiera los acuciosos funcionarios de Espacio Público con sus barridas. Le sacan la piedra esos que al ver la mercancía le pegan su vaciada.

“Yo siempre soy amable con los clientes, pero a veces pasan unos personajes pinchaos que me dicen que si no me da pena vender eso tan asqueroso, que si no tengo nada más que hacer, que respete, que indecente. Y entonces me les enfrento y les alego durito. Pero después me pongo a pensar que es gente que no entiende bromas, porque eso es lo que vendo: bromas. Y no sé por qué les da rabia ver unos bollitos, si eso somos, incluso cosas peores. Puras apariencias”.

Frijoles y lentejas

Los que Álvaro llama cariñosamente “bollitos de papel” son en realidad unas escalofriantes plastas cilíndricas, entre amarillosas y marrones, pegachentas y rematadas en punta, muy parecidas a esas humanas cagadas que nos topamos en los recovecos de los parques y los escondites ciudadanos.

Antes de descubrir cómo se hacían, se los compraba a un amigo en Cali. Ahora, tras largos experimentos con diversos papeles y pinturas, expone con orgullo sus propias creaciones. “Los que

más gustan son los que llevan un frijol o unas lentejas. Y últimamente estoy trayéndolos con una pintica de sangre”, explica este artesano que de 9 a.m. a 6 p.m. se sienta en un diminuto banco de madera a ofrecer sus bollitos desde mil pesos en adelante, en el mismo tendido que ocupan cucarachas y ratones, también de broma, y unas botellas del insecticida que vende listo para rociar, junto a unas trampas metálicas para destripar roedores, estas sí muy serias.

Ahí se levanta los pesitos, en una acera de la carrera Junín entre Colombia y La Playa, al frente del Edificio Fabricato, ese donde el célebre Posaita tasajeó a una joven ascensorista (“sí ve que somos cosas peores”, apuntaría), justo al lado de la puerta de la EPS a la que está afiliado y que se niega a entregarle los remedios que necesita para el vértigo. Estresado por el alboroto, pues como él mismo lamenta “nunca se ha podido acostumbrar al Centro”, y triste porque al parecer nadie va a heredar su arte.

Como es por lo menos raro que haya alguien que venda bollos a plena luz del día y haya quién los compre, le dan a uno ganas de botar disquisiciones sabihondas sobre el significado de la mierda y sobre el miedo y la vergüenza que nos provoca. Pero resulta más ilustrativo saber que un comprador asiduo de los bollos de Álvaro pide que le entreguen el suyo metido en una bolsa, pero no ahí en el ventorrito sino en la esquina, con disimulo, donde nadie le vea la satisfacción. ☹

Se busca **Mecenas**
Motivo: Corto de ficción
Apoya el arte, ¡Esta es tu oportunidad!

Participar es muy fácil, puedes hacerlo de dos formas:

- 1 Con dinero: de a poco se va recogiendo
- 2 En especie: alimentación, transporte, equipos

Tenemos una buena idea, solo nos falta la financiación.

Para conocer cómo participar, comunícale con Carolina Ceballos al 3016097402
espinaldemercurio@gmail.com

En el Parque de los Deseos existe un planeta (Kaldi) y es delicioso ...



Empanada Argentina



Pascualinas



Café Kaldi

Almuerzo sano, natural en la sede del Planetario

Visítanos: Planetario de Medellín, entrada principal
Tel: 263 2511 / Repostería y panadería natural, cafés de origen.

Carlos E Restrepo / Tel: 260 1355 calle 53 # 64A 31

salor a trigo y aroma de café

Morir al sur

Pedro Arturo Estrada

Esa gente
 no tenía en qué caerse muerta

Aun así, demasiado pronto
 tuvieron toda la tierra
 con ellos

adentro, muy adentro
 de sus cuencas

sobre sus pocos
 huesos blancos

Esa gente no tenía
 más que el grito
 y un dolor anterior

-a ellos mismos.

Adónde irán ahora
 cargados de sombra
 y dos o tres niños

por calles
 por extramuros de la ciudad
 que también les echará
 los perros

Quién les dará
 el último
 empujón

Adónde recostarán luego
 el cráneo frío

quién recogerá
 al alba

el zapato
 la sombrilla rota

el cuerpo
 abandonado.

De qué conversarían
 esas muchachas
 después de la fiesta

antes de la balacera
 que las dejó atravesadas
 sobre la calle.

Es más fría la lluvia
 en las laderas

más fina en las noches
 mientras la tierra
 se desliza

como una manta
 ocre

abrigándonos.

Ven hasta aquí
 muchacha

paséate entre las frutas
 maduras
 del centro

entre el griterío del sábado
 caliente y el sofoco
 de la plaza

No temas
 Déjate llevar un poco
 por la vida de todos

esta que mantenemos
 al filo del hambre

-y la policía.

Más al sur
 lejos de la carretera

la muchacha desnuda
 cara al cielo

las piernas abiertas
 Las moscas
 sobre el labio partido

las uñas que lucharon
 aún lívidas. ©



Ilustración: Eliana Pineda

Súbase a nuestro Cohete,
 permita que nosotros guiemos su experiencia en

INTERNET



cohete.net

MUSEO D ANTIOQUIA

· MÚSICA Y PAZ EN LA PLAZA ·

Vive la Plaza y Patio Sonoro
 convocan a una jornada de
 música y paz, acompañados
 de distintas organizaciones
 de la ciudad.

Sábado, **29 de octubre**
 de 10:00 a.m. a 7:00 p.m.
Plaza Botero



El Túnel
 Café y Cocina

Lunes - Sábado
 12:00 m. a 10:00 p.m.
 Cra 42 #54-62
 Teléfono: 2396536

lenteja
 express
 Hamburguesería
 vegetariana.

CUANTAS VECES TE ALIMENTAS BIEN?

10% OFF

Presenta este cupón para un descuento en nuestro nuevo punto de venta en Envigado.

Domicilios
 Envigado 596-8890

www.lentejaexpress.com.co

310-8454059

Instagram

Diccionario periódico

La anterior entrega del *Diccionario periódico* se ocupó de los entregados. Gorriones, mandrias, pocalucha y otros especímenes. Seguimos coleccionando ideas para el agravio y la burla, descripciones para el corral de los indeseables, biografías cortas, retratos hablados. Somos discípulos del *Diccionario del insulto*. Para la segunda página traemos dos especies de colores similares, con las mismas ojeras que inspiran desconfianza. Los **ventajosos** que ganan en las filas hasta por paciencia. Los jugadores que ven el tablero al revés y le suman una más a cada carta. La trampa paga. Y los **taimados** que hacen menos ruido pero tienen más veneno. El silencio contra la alharaca de otros **tramposos**. La verdadera cara del yo no fui.

mangante

Del ant. part. act. de *mangar*⁹.
 1. adj. coloq. Quemanga (l hurta). U. t. c. s.
 2. m. y f. coloq. sablista.
 3. m. y f. coloq. Sinvergüenza, persona despreciable sin oficio ni beneficio.

lagartón, na

Del aum. de *lagarto*.
 1. adj. coloq. Dicho de una persona: taimada. U. t. c. s.

garronero, ra

1. adj. coloq. Arg. y Ur. pedigueño. U. t. c. s.
 2. adj. coloq. Ur. ventajista. U. t. c. s.

galopin

Del fr. *galopin*.
 1. m. Pícaro, bribón, sin crianza ni vergüenza.
 2. m. coloq. Hombre taimado, de talento y de mundo.

sangrón, na

De *sangrany* -ón¹.
 1. adj. C. Rica, Hond. y Méx. Que se aprovecha de los demás, especialmente de los más débiles. U. t. c. s.

nebulón

Del lat. *nebulo*, -ónis.
 1. m. p. us. Hombre taimado e hipócrita.

zascandil, la

1. m. y f. coloq. Persona despreciable, ligera y enredadora.
 2. m. desus. Hombre astuto, engañoso, por lo común estafador.

macuco, ca

1. adj. Bol. y Chile. Astuto, cuco, taimado.

cachafaz

1. adj. Arg., Bol., Par., Perú y Ur. Descarado, pícaro mirón, na.
 2. adj. Dicho de una persona: Que, sin jugar, presencia una partida de juego o, sin trabajar, mira cómo trabajan otros. U. m. c. s.

zamacuco, ca

Quizá del ár. clás. *šamakūk* 'necio malicioso'.
 1. m. y f. coloq. Persona que, callándose o simulando torpeza, hace su voluntad o lo que le conviene. ☺



Ilustración: Señor OK

Esta entrega se hizo gracias a las lecturas de Jorge Arango.

EL FILM JUSTIFICA LOS MIEDOS

La primera película trae siempre escenas inolvidables para cualquier director. Casi siempre es la más pasional y muchas veces una especie de ruleta rusa, con todos los riesgos a bordo, con lo que puede ser la primera y la última apuesta, con las aventuras más azarosas y las soluciones más insólitas. Por eso me puse en la tarea de averiguar cómo había sido el proceso de creación de las primeras películas de quince directores colombianos. Obras de ficción y documentales rodadas durante los últimos cincuenta años que retratan al mismo tiempo un momento del cine nacional y de una particular coyuntura del país. De ahí nació el libro *Ópera prima* (Editorial Eafit, 2016), donde se recogen testimonios e historias de directores nacionales en entrevistas realizadas durante los últimos dos años en Nueva York, México, Bogotá y Medellín.

por JAVIER MEJÍA

FELIPE ALJURE LA GENTE DE LA UNIVERSAL (1993)



Fotografía por Mariela Peña.

Son dos puntos de partida, el ensayo bien medido te lleva a una maduración de la mecánica, las frases y todo ese tema operativo de la escena; y entonces, ya te permite crear, pero lo haces desde la tranquilidad del saber. El otro, te lleva desde la inquietud de todos esos estímulos y la curiosidad de eso cómo va a ser, porque nunca has visto un ensayo, no se ha visto nada, no se ha dicho la letra y entonces va y estalla frente a la cámara. *La gente de La Universal* fue hecha de esta segunda manera, de estallar frente a cámara.

Había una energía que rodeó a esa película y la armó, nosotros éramos unas fuerzas ahí secundarias que seguíamos una gran succión creativa y conceptual que la lideraba una película que se llamaba *La gente de La Universal*.

La gente de La Universal se fue armando de a pedazos y acabó siendo una serie de pedazos muy bien pegados porque todos los actores de esa aventura, por decirlo de alguna manera, habían sido convocados desde la solidaridad, desde el entusiasmo, nadie desde el billete ni la fama, todos éramos marginales completos.

Yo llamo a mi tía Ivettica y le digo: "Tía, es que estamos haciendo esta película y ya tenemos todo para rodar y no tenemos plata, necesitamos mientras nos llega una plata, que nos preste, no sé, dos millones de pesos", y entonces, Ivettica me dice: "Ay, ¿dos millones de pesos?, Pipecito, eso no les alcanza mijo, coja cuatro para que puedan hacer algo" (risas). Nos prestó cuatro millones y nosotros pariendo, ella es la que sale en la película y dice: "Dios lo ama, piense en eso".

ANDRÉS BAIZ SATANÁS (2007)

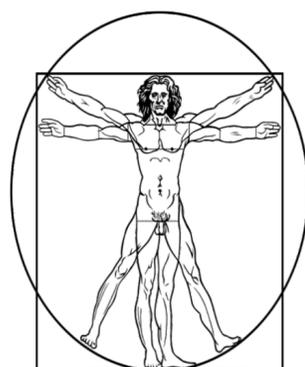


Fotografía por Juan Antonio Monsalve.

Fue específicamente viendo *Goodfellas* (1990), de Martin Scorsese, donde entendí más o menos lo que hacía un director, porque me di cuenta de que había alguien tomando decisiones artísticas detrás de la cámara. Fue una especie de revelación y Scorsese se convirtió en mi guía creativo. Supe entonces que quería estudiar dirección, pero en ese momento en Colombia nadie estudiaba cine y los que se dedicaban a eso eran considerados unos locos.

El primer día de rodaje, como una manera de decirles a todos, "quiero que la pasemos bien, que nos divirtamos", me puse una nariz de payaso. Fue una manera de relajarme y de relajar a los demás. Pero solamente la usé para la primera escena del día. Hoy pienso que no siempre hay que divertirse, eso es una falacia. El cine tiene una jerarquía militar y en ocasiones se debe ser duro y un poco cabrón, aunque eso lo va dictaminando el propio set o las propias escenas.

La primera imagen de la película lo dice todo, los vidrios rotos sobre el muro, con la iglesia de fondo. Esos vidrios afilados que pegan en los muros para que los ladrones no se metan son algo muy colombiano y habla de la maldad latente que habita nuestras ciudades. Los vidrios rotos sobre el muro representan un país fragmentado, con miedo, donde la maldad acecha en cada esquina. Me encanta esa primera imagen de la película. Además la iglesia de fondo habla de la fe, con la que intentamos protegernos de esa maldad, aunque es una ilusión.



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
 vagudelo@hotmail.com

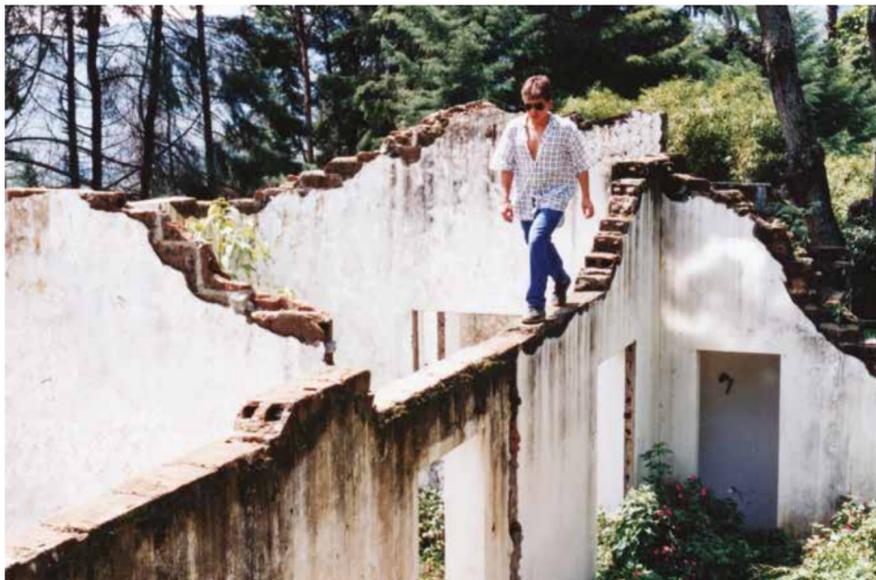


En Grammata no solo vendemos libros, también nos gusta hablar de ellos.

Teléfono: 2605685 | GRAMMATA TEXTOS | LIBRERÍA

VÍCTOR GAVIRIA RODRIGO D. NO FUTURO (1990)

Fotografía por Guillermo Melo.



En mi casa mi papá filmaba con una cámara de 8 mm como desde el año 52, porque hay una película de la inauguración del estadio Atanasio Girardot y hay muchas películas de antes de yo nacer, yo soy del 55; entonces hay muchas pelucitas de idas a la finca de Liborina, del pueblo, de la Semana Santa, de los aniversarios de los abuelos: papá Abel y María Adelaida, mi abuela. Y yo recuerdo, de los cinco a los quince años, unos momentos muy gratos en que alguien, ya de noche, proponía ver películas y apagábamos todas las luces y armábamos una especie de teatro en la sala, era muy emocionante ver esas películas de 8 mm. Y había una película de cuando yo tenía un año, en una de esas casas, al lado de la iglesia de Buenos Aires, antes de todos mis recuerdos; y estoy yo con un penacho de plumas disfrazado de indígena, tocando tambor, dañando el pastel de cumpleaños de mi primer año, por ahí caminando... Después, cuando vi la posibilidad de hacer cine en Super-8 mm en el año 79, entiendo que fue por el influjo de esas películas que yo veía: por mi papá pegando y editando en una moviolita. Cuando yo estaba editando mi primera pelucita, que se llamó *Buscando tréboles* (1979), yo estaba repitiendo lo que hacían mi hermano mayor y mi papá.

Yo filmé a esos niños de *Buscando tréboles* con el influjo del cine alemán, las películas de Wim Wenders, esas imágenes que te significan tantas cosas, que están fuera de los relatos, que más bien como que delatan la vida de las personas... y yo edité esas imágenes como un poema. Me gané el concurso de cine El Subterráneo en Super-8 mm y esa noche nos fuimos a mi casa a celebrar con los amigos y me senté en el poyo de la cocina y recuerdo que pensé: "¡Hijueputa, voy a tener que ser cineasta!".

Estos pelaos de *Rodrigo D* improvisaban con una facilidad inmensa, esa dramaturgia de la vida de ellos, que era una dramaturgia de actuar en la vida que en ellos se encarnó tan fuerte a través de la delincuencia, de ser capaces de hacer cualquier cosa, esa cosa del delincuente que es un actor de la vida.

Lo que tiene de interesante la ciudad es que tiene vida de todas partes, mundos simultáneos, entonces la ciudad se convierte en una experiencia de encuentros; toda esta vida mía de cineasta ha sido dialogar con gente de la ciudad, yo viniendo de una parte, de una persona que lee, que contempla la vida desde el cine, desde la ventanilla del carro; siempre contemplando la vida, no participando y otros manes que nunca la pueden contemplar sino que la viven, a toda carrera, entonces la ciudad tiene que ser ese encuentro entre esas personas tan distintas.

Fotografía por Cecilia Posada.



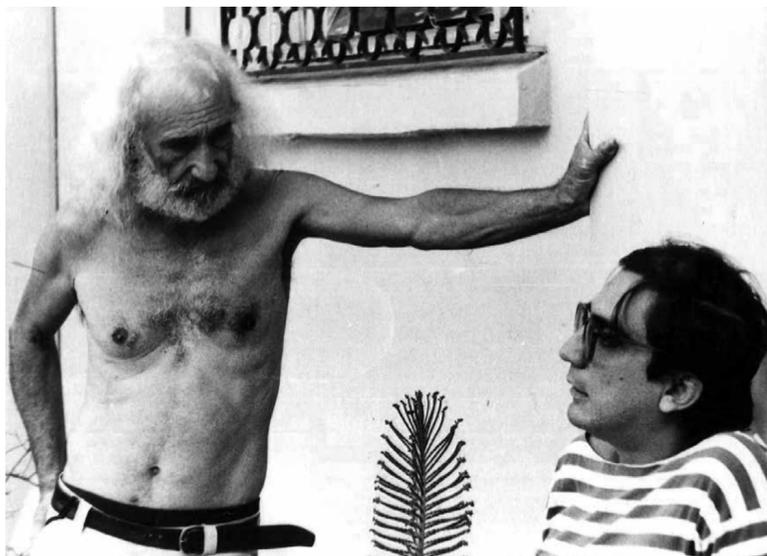
LUIS OSPINA PURA SANGRE (1982)

La primera vez que tomé una cámara fue en un paseo que hicimos al lago Calima, clásica filmación de *home movie*, y mi papá me dijo: "Ahora le toca a usted", y me la pasó y yo para dármeles de interesante filmé todo al revés o alguna pendejada de esas que se le ocurre a alguien que quiere ser director de cine, tendría once o doce años. Era una cámara Bell & Howell de 16 mm en color, que traía unos casetes metálicos que contenían la película reversible marca Kodak.

Hay dos eventos para mi amistad con Mayolo, la explosión de Cali que nos obliga a cambiarnos de casa y quedamos de vecinos —yo tenía siete años y él once—, y lo otro es que cuando nos conocimos, le prendimos candela al cerro de Las tres cruces de Cali y nos escondimos en el balcón de la casa de Mayolo (risas). En sus memorias, Mayolo dice que habíamos visto *Quo vadis* (1951), pero yo creo que él se inventó eso, que así como Nerón había quemado Roma, nosotros podíamos quemar a Cali (risas).

Un mangón es un lote vacío y las víctimas de este asesiño siempre las encontraban en lotes vacíos y le comenzaron a decir el Monstruo de los mangones, de ahí nace *Pura sangre*. Un día, como a dos cuadras de mi casa, en un lote vacío, yo vi que encontraron un muerto y recuerdo a la gente mirando y el cuerpo desnudo ya un poco inflado de este niño, no recuerdo qué edad tenía yo en esa época, pero nosotros fuimos criados con ese temor de que el Coco era el Monstruo de los mangones y pues era terrible, porque el Monstruo de los mangones no solo lo mataba a uno, sino que también lo violaba (risas).

Fotografía por Eduardo "la Rata" Carvajal.



Fotografía por Jorge Silva.



SERGIO CABRERA TÉCNICAS DE DUELO (1988)

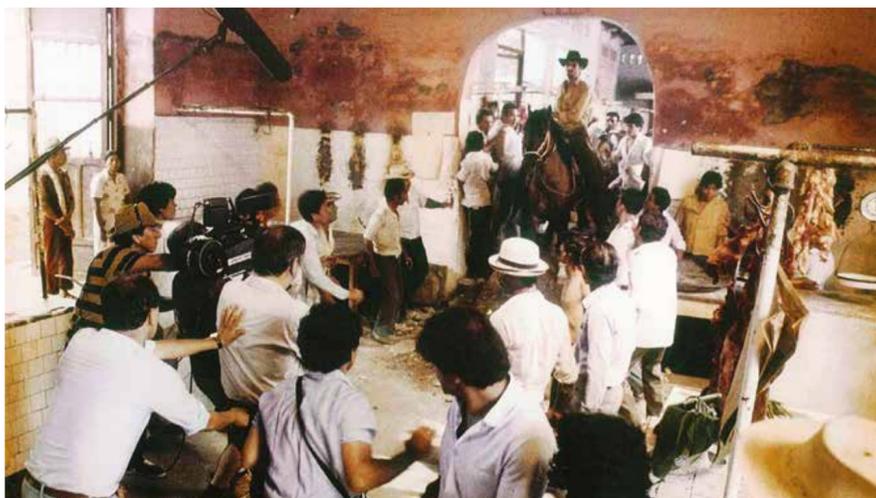
Mi papá era director de teatro y tenía, cuando yo era muy niño, un grupo experimental en Medellín. Luego, cuando yo tenía seis años, nos vinimos a vivir a Bogotá donde tuvo el Teatro El Búho; yo recuerdo que mis sábados y domingos eran en el teatro, ahí en el patio de butacas, en bambalinas, en la parrilla de luces, jugando.

Y justo en esa época nos fuimos a vivir a China y mis padres compraron una cámara Nikon, la cámara del viaje, y me recuerdo estudiándome esos manuales de la Nikon de los que aprendí muchísimas cosas que son la esencia del cine y ahí me di cuenta de que mezclando fotografía y teatro el resultado era el cine... (risas) y más o menos a los trece años tenía claro que lo que yo quería ser era director de cine, lo tenía clarísimo, no veía otra opción en mi vida.

Tuve una formación cinematográfica muy caótica, porque a los trece años nos fuimos a vivir a China, como te decía antes, y llegué en un momento en el que en China no había ninguna película extranjera, ni siquiera rusas; solo cine nacional porque ya había comenzado el conflicto con la Unión Soviética y había un bloqueo económico sobre el país y al poco tiempo de estar ahí comenzó la Revolución Cultural y entonces prohibieron incluso las películas chinas (risas).

La historia de *Técnicas de duelo* me gustaba por la idea de crear un universo en un pequeño pueblo y que de alguna manera ese pequeño pueblo representara al país. Era una historia de la violencia sin violencia, al contrario, era una historia sobre la inutilidad de la violencia, sobre lo fácil que es llegar a un arreglo negociado, saltándose las etapas violentas que es lo que hacen los dos duelistas durante la película. Además me gustaban mucho los personajes, muy característicos de los pueblos colombianos, era un microcosmos de Colombia muy bien creado. 

Fotografía por María Eugenia Haya.



JORGE ALÍ TRIANA TIEMPO DE MORIR (1985)

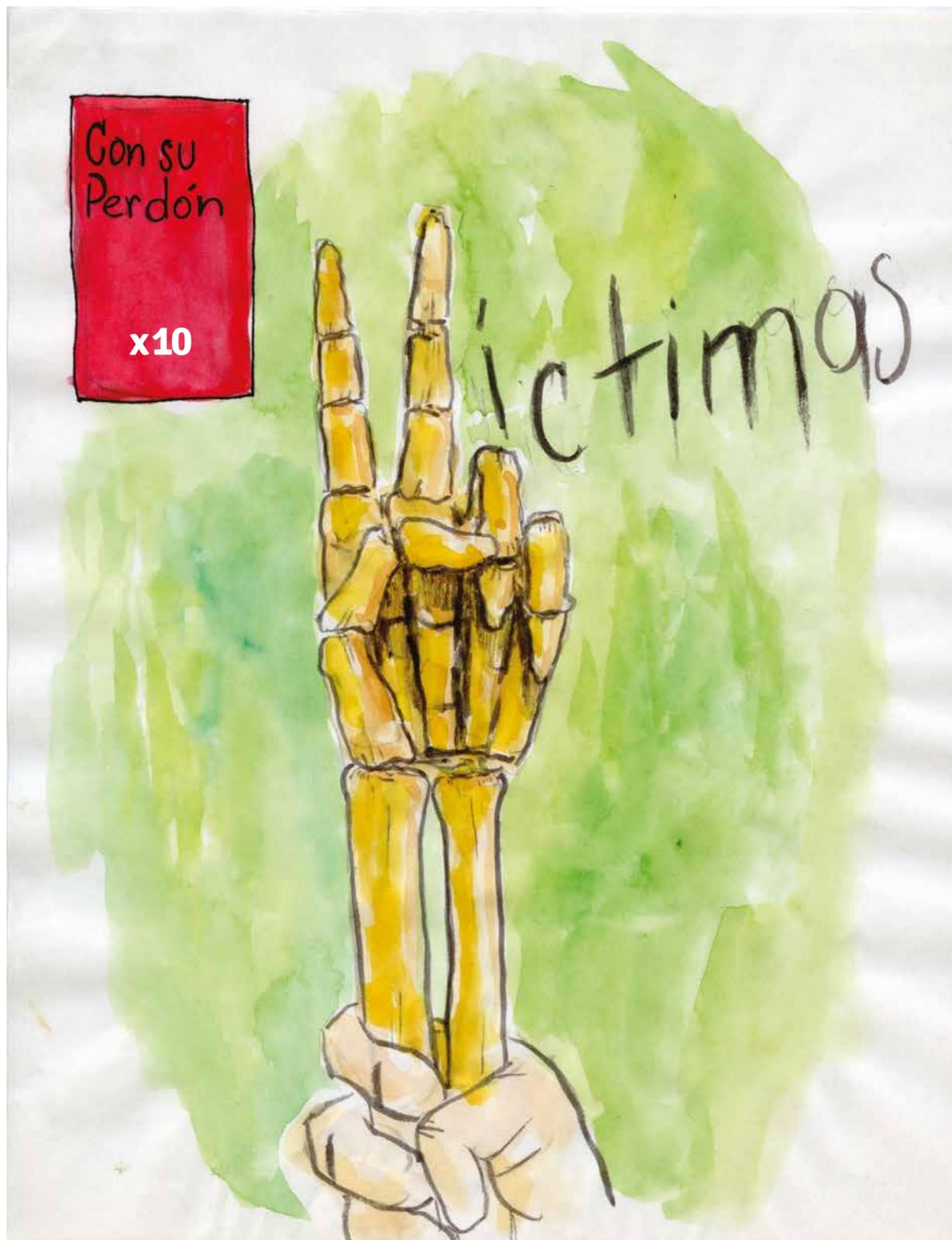
Entonces Gabo se pone a peliar con Carmen Balcells por teléfono y le dice: "¡No, es que yo quiero hacer la película y hay que hacerla por ese dinero!", y ella le decía: "Por eso es que ustedes los artistas viven siempre vaciados, porque regalan el trabajo". Hasta que finalmente logramos los derechos por la intervención directa de García Márquez.

A mí me faltaba una escena, pues el mismo guión lo decía: "El miedo de matar es más grande que el miedo de morir"; entonces Gabo me dice: "Yo escribo la escena, ¿para cuando la necesita?". Le dije, estamos en esa locación el próximo martes y me dice: "¡Los tiempos del cine siempre igual, todo lo quieren a la carrera, por eso yo dejé el cine!".

MARTA RODRÍGUEZ CHIRCALES (1972)

El 9 de abril mi vida cambió, yo tenía quince años y ese mediodía estábamos en clase, el colegio quedaba ahí en Bavaria, y baja todo el barrio de La Perseverancia, la gente con machetes y se quemaba la ciudad, es cuando uno dice: "Cómo la educación en aquellos tiempos no nos enseñaba que éramos colombianos, ni que había violencia, nada; era una educación donde sumercé no vivía un país". Yo vivía en la calle 59 y ahí en la esquina había una estación de policía y ahí se oían unas balaceras, yo me paraba en la cocina, se cocinaba con carbón mineral en aquellos tiempos, y tú veías cómo se quemaba toda la ciudad, toda, toda.

Jorge (Silva) y yo nos metimos a Los Chircales y teníamos la costumbre de llevar un proyector y mostrarles lo que filmábamos y ellos decían: "Cuando yo tenía cuatro o cinco años, mi papá me dio un ladrillo y me dijo: 'Esa es su vida', mire, es que a un niño de un año le dan una gavera de dos ladrillitos, tres ladrillitos, cuatro y va creciendo con el niño y esa es su vida, la esclavitud, hacer ladrillos, y así era, una esclavitud total.



ENTRE VIÑETAS

7°
FESTIVAL INTERNACIONAL DE CÓMIC Y DIBUJO

MEDELLÍN
06-09 | OCTUBRE

¡ESTOS SON ALGUNOS DE LOS MÁS DE 30 INVITADOS DE ESTE AÑO!

- Benjamin Dix (Reino Unido)
- Brecht Vandembroucke (Bélgica)
- Cabizbaja (Colombia)
- Emma Saville (Reino Unido)
- Inechi (México)
- Marco Tóxico (Bolivia)
- Mayumi Otero (Francia)
- Michael DeForge (Canadá)
- Olea (Chile)
- Pablo Guerra (Colombia)
- Puño (España)
- Sara Rodas Correa (Colombia)
- Sole Otero (Argentina)
- Zane Zlemeša (Letonia)

cinéfagos.net | 10 años

cine colombiano, crítica de cine, comics, artes electrónicas, artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

f /cinefagos.net @cinefagosnet

TODO EL PROGRAMA EN **ENTREVINETAS.COM**

EVENTOS PRINCIPALES EN

- La Pascasia
- Casa Tres Patios
- Teatro Pablo Tobón
- Parque Explora
- Alianza Francesa
- Platohedro
- CISC Colaboratorio
- Porestosdías

Patrocina **LARVA** LECTURAS SUBTERRÁNEAS

Apoyos concertados **Alcaldía de Medellín** Cuenta con vos

NUEVA
EXPOSICIÓN

parque
explora



Se acelera, se estira,
se congela, se fuga...

TIEMPO

MÁS ALLÁ DEL RELOJ



SALA INTERACTIVA TIEMPO
PARQUE EXPLORA

www.parqueexplora.org

Patrocinadores de la operación de la sala "Tiempo"



Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos